

Ódiame...

PERO QUÉDATE

conmigo



Vega Manhattan

D.J.57

Ódiame...

Pero quédate

conmigo

Vega Manhattan

Ódiame... Pero quédate conmigo.

© Vega Manhattan.

1º Edición: Octubre, 2019

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personaje y, sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Prólogo



Sentía que me iba a explotar la cabeza.

Y lo peor no era eso, sino la sensación de vacío que experimentaba de nuevo.

La noche anterior me había tenido que emborrachar para acabar en la cama con la desconocida que tenía a mi lado. Y venía ocurriendo así desde hacía bastante tiempo, ya casi había perdido la cuenta de cuándo comenzó todo.

Todo era una mierda y yo un gilipollas de primera.

Volvía a caer una y otra vez, pensando que el vacío que sentía podía llenarse con alcohol y con sexo, pero, al final, siempre me sentía peor.

¿Cuándo demonios iba a aprender?

Me levanté, fui a prepararme un café bien cargado y en busca de un par de pastillas que terminaran con el martilleo que sentía dentro de mi cabeza. La mujer que estaba acostada en mi cama, de la que ya ni recordaba el nombre, tampoco recordaba muy bien cómo era... Ronroneó, se hizo un ovillo y siguió durmiendo.

Maldita vida. Estaba ya cansado de todo eso.

Un bóxer, un pantalón de pijama y mejor desaparecer de ese dormitorio, no tenía ganas de verla cuando despertara. A lo mejor era un adefesio, no sería la primera vez que me encontraba con algo así.

Moví mi cuello, aliviado cuando crujió y me preparé el café. Me senté a la mesa de la cocina y, mientras lo tomaba, los recuerdos de la noche anterior comenzaron a venir a mi mente.

La noche anterior había asistido a la prueba del menú nupcial. No el mío, por supuesto, yo no era hombre que pasara por un altar. El que se casaba era mi mejor amigo, James.

James y yo nos conocimos cuando estudiábamos derecho en la Universidad de Nueva York. Él era un niño rico al que le daban todo hecho. Yo era el amigo pobre que venía de un pequeño pueblo de Texas y al que le había costado mucho

sudor, como a mi madre, el poder estudiar en un lugar así.

Y fue allí, también en nuestro primer año de carrera, donde conocimos a la que en un mes se convertiría en su esposa. La señorita, que se convertiría pronto en la Señora Frígida Amargada.

No era ni su nombre ni su apellido, pero así la llamaba yo. ¿Cómo no hacerlo si esa mujer era la mismísima reina de hielo? No había conocido a una persona tan fría en toda mi vida.

Era insoportable, odiosa, un intento de niña pija e insufrible que siempre, cada vez que la tenía cerca, me sacaba de mis casillas.

Había sido así desde la primera vez que la vi besándose con quien se convirtió, con los años, en mi mejor amigo. Fue ese día cuando Álex, como la llamaba, dejó de existir para convertirse en esa mujer que no soportaba. De eso hacía ya casi dieciséis años. Demasiado tiempo...

Y desde entonces habíamos pasado de ser “amigos” a no poder soportarnos. Porque el odio entre los dos era mutuo.

Retomando la historia que me llevó a estar hecho un asco esa mañana. Si ya no tenía suficiente con aguantarla bastante más de lo que quería porque no solo era la novia y futura esposa de mi mejor amigo, sino también de quien era mi socio en el bufete de abogados. Y para colmo de males, ¿a quién creéis que se le ocurrió al lumbreras de mi amigo pedirle que fuera su padrino?

Yo... Padrino de una boda con la que no estaba de acuerdo, no lo quería ver casado con ella. No era mujer para James.

¿Entonces para quién, Evan? ¿Para ti?

Me atraganté con el café y terminé escupiéndolo, dejando la mesa hecha un asco. ¿A qué venía ese pensamiento? Yo no me había fijado en esa mujer en la vida. Bueno, no al menos desde que era la novia de mi mejor amigo. Ni siquiera me había dado cuenta de la pequeña cicatriz en forma de estrella que tenía en el hombro izquierdo. Señal que se le había quedado después de caerse de un caballo cuando era pequeña.

Sabía esas cosas por casualidad, nada más, no porque estuviera pendiente a ella. Es más, cuando hablaba, lo único que pensaba era en vomitar y en salir de allí lo más rápidamente posible para no verla.

Ese pensamiento solo era producto de mi mente enferma, tal vez, todavía un poco borracha.

Me bebí lo que quedaba de un trago y me levanté. La noche anterior había soportado el despliegue de gente pija y a la intolerable señorita Frígida Amargada mientras daba el visto bueno del menú de su boda y, como si eso no

fuera suficiente, ahora me tocaba acompañar al novio a otra prueba de su traje de boda.

Bueno... Al menos no tendría que verle la cara a la amargada.

Pero sí podía intentar, una vez más, convencer a James de que ella no era la mujer con la que tenía que pasar por el altar. Tenía que proteger a mi mejor amigo de alguien así. Porque esa unión iba a ser, sin duda, un auténtico fracaso. Al menos tenía que intentar que mi amigo se diera cuenta antes de que fuera demasiado tarde.

Volví al dormitorio. Era hora de echar a Doña Desconocida de allí.

Capítulo 1



—Joder, vaya cara que me traes. ¿Mal polvo el de anoche?

Mejor ni contestaba a esa pregunta. Me senté en el sillón y miré a James. Estaba subido a una especie de peldaño y mirándose al espejo.

—¿También un mal polvo tú? —pregunté cuando vi su cara esa mañana— Mejor no respondas —hice una mueca mental, no quería ni imaginarme eso. Don Pijo y Doña Frígida en la cama. Por Dios, qué asco. No sabrían ni lo que era un buen orgasmo.

—Ni malo ni bueno, no hubo —miró al modisto, quien esperaba su respuesta—. Creo que está bien, no creo que haya que modificar nada más —el hombre hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y nos dejó solos rápidamente para que James se quitara el traje. El pobre hombre tenía práctica en ignorar ese tipo de conversaciones, porque ni había pestañeado— ¿Te alegra? —preguntó mi amigo, desnudándose allí mismo.

—¿El qué?

—Que esté a dos velas. Por la sonrisa que pusiste, es lo que parece.

—No, no me alegro —pero era mentira, la verdad es que sí que había sentido satisfacción al oír eso. Cosa normal, así me sería más fácil convencerlo de que se estaba equivocando—. Pero tampoco me extraña. ¿Cuánto llevas ya así? ¿Un mes?

—Dos.

Pues mejor, pensé, sonriendo de nuevo.

—James... —comencé, pero él me interrumpió.

—¿Ahora es cuando vas a decirme que Alexa no es la mujer para mí y que debería de pensármelo mejor y toda esa mierda? —suspiró.

Alexa... Odiaba hasta su nombre.

Me quedé observándolo mientras se ponía su ropa. Entre el tono de su voz y sus gestos, había algo que no me estaba contando.

—Parece que esta vez quien lo está diciendo eres tú, no yo —fruncí el ceño, extrañado.

—Maldita sea —resopló—. Estoy jodido, Evan.

—Bueno, precisamente eso no —solté una carcajada, no pude evitarlo.

—Eres un capullo.

—Sí, lo sé, tu prometida lleva años diciéndome lo mismo, no es nuevo.

—Mi prometida... Es una buena mujer, ¿verdad? —se sentó a mi lado y me miró cuando terminó de ponerse los zapatos.

—Sí, eso sí... —eso era cierto. Podía ser odiosa y todos los calificativos con los que me había referido a ella durante años, pero no era una mala persona. Solo insoportable, odiosa y... Pero no mala.

—Necesito un favor, Evan.

Mierda. Ni el tono ni la forma de mirarme me habían gustado un pelo.

James y yo, después de graduarnos, montamos nuestro propio bufete de abogados. Él puso el dinero, yo pagué mi parte hacía ya unos años, devolviéndole lo que me había prestado.

En la universidad nos convertimos en buenos amigos y compañeros de piso, nos conocíamos bien. Y desde que salimos y creamos nuestro negocio, estábamos juntos en horas de trabajo y fuera de ella.

Así que sabía muy bien cuándo James iba a pedirme algo que no me iba a gustar.

Y eso es lo que iba a ocurrir. Solo que no podía imaginarme qué. Nada podía ser peor que cuando me pidió que fuera el padrino de su boda. Ese día sentí que me faltaba el aire al pensar en esos dos juntos delante de un altar, unidos para siempre. Y desde ese momento, en el que solo pude afirmar con la cabeza, estuve intentando que James abriera los ojos y no cometiera semejante locura.

—Y necesito que me jures que nunca saldrá nada de estas cuatro paredes.

—James...

—Júralo —insistió, porque me conocía y sabía que si lo hacía, jamás rompería un juramento. Por nada ni por nadie.

—Está bien —resoplé—. Lo juro.

—Necesito que me ayudes a desaparecer unos días.

—¿Qué?

—Joder, Evan, ¿me vas a hacer explicártelo todo?

—Hombre pues sí, porque no entiendo nada. ¿Desaparecer?

—He conocido a alguien más.

No puedo ni expresar lo que sentía en ese momento. Era una mezcla extraña.

Por una parte alivio, eso significaba que la boda podía no celebrarse, ¿no?

Por otra parte... Joder, ¿por qué me sentía mal al pensar en la mujer odiosa?

—Has conocido a otra mujer...

—Sí... Pensé que te alegraría, estás cansado de decirme que Alexa no es para mí.

Álex, no Alexa. *Ella odia que la llamen Alexa*, pensé. Eso lo sabía hasta yo, que no me interesaba nada relacionado con ella.

Y sí, yo también pensé que me alegraría de que ocurriera algo así. Solo que no me estaba gustando lo más mínimo el pensar que le iba a hacer daño cuando se enterara que la estaba dejando por otra. Y quería estrangular a mi mejor amigo.

—¿La estás engañando? —no pude evitar que mi voz sonara amenazadora.

—Joder, Evan, no hay quien te entienda —se levantó y se puso a caminar de un lado para otro de la sala privada—. Llevas meses, por no decir años, diciéndome que esa mujer no es para mí. Y ahora que te pido que me eches un cable porque necesito saber si tienes razón y de verdad voy a meter la pata, ¿te enfadas?

Enfadado era poco para lo que estaba sintiendo en ese momento. Más bien podía convertirme en asesino si lo degollaba allí mismo.

Y no, yo tampoco entendía por qué me estaba sintiendo de esa manera.

—Hay mil maneras de darse cuenta de las cosas sin hacerle daño a la otra persona, James. Y dejarla por otra mujer es hacerle mucho daño.

—No la voy a dejar —enarqué las cejas, ¿entonces?— Solo voy a tomarme un tiempo, a conocer a la otra y a asegurarme de que lo que creo sentir por ella no es pasajero.

—¿Vas a engañarla? —mis puños estaban preparados para estrellarse, directamente, en su cara. Me levanté de un salto, lo iba a golpear— Joder, pregunto mejor. ¿Desde cuándo la estás engañando?

—Desde hace dos meses.

Los dos meses que llevaban sin tener relaciones. Maldito fuera.

—¿Y has permitido que el tema de la boda fuera tan lejos? —no me lo podía creer.

—No sabía si era solo algo de una noche.

—Y ahora necesitas saber si es algo para toda la vida después de dos meses con una y dieciséis años con la otra —dije con ironía.

—Llevas dieciséis años diciéndome que la deje, ¿y ahora te indignas? ¿Pero qué mierda te pasa?

—Las cosas se hacen de frente, James, no engañando a la gente. Además, si lo de este nuevo “amor” no funciona, ¿qué vas a hacer? ¿Volver con ella ocultándole todo?

—No tiene por qué enterarse.

—No me puedo creer lo que estás diciendo —mi instinto asesino iba a ganar la batalla—. La vas a destrozar.

—No lo voy a hacer. Inventaré un negocio, me alejaré un tiempo y si no es como imagino, volveré y ya. Ella no sabrá nada.

—Lo sabré yo.

—No la soportas ni te importa lo que pueda sentir. Además, eres el único que sabe esto y, por mucho que la odies, sé que no le dirías nada. No le harías daño así. Porque te conozco y porque me lo juraste, además —me recordó. Sabía que un juramento era algo importante para mí.

—¿Entonces vas a anular la boda?

—No exactamente. Solo la aplazaré.

—Y si esa nueva mujer no significa nada, volverás y te casarás con ella —escupí con asco. Por más que no lo quisiera ver con ella y que creyera que no era la mujer para hacerlo feliz, así no se hacían las cosas y no me lo esperaba de James.

—Necesito hacerlo, Evan. Necesito saber si esta mujer que está ahora en mi vida es el amor que busco.

—Eres un cobarde.

—Sí, lo soy —suspiró.

—Deberías decirle la verdad.

—¿Y destrozarla?

No, destrozarla no, pensé. Joder, cómo me dolía pensar en el daño que le podía hacer saber que, si la dejaba, era por otra.

—La destrozarás de todas formas si algún día se entera de todo.

—No tiene por qué saber nada. Si decido anular la boda para siempre, ya me inventaré algo. Y si al final me doy cuenta de que ella es la mujer que quiero en mi vida, nunca se enterará de nada.

—Lo ves todo muy fácil... No voy a ser parte de tu engaño, James.

—En realidad ya lo eres, Evan. Juraste no decir nada y no lo harás, nunca.

—Eres un maldito cretino —me giré para marcharme o de verdad iba a partírle la nariz en pedazos.

—Lo sé —suspiró.

Me marché de allí, con un cabreo de mil demonios. Tenía ganas de golpear

algo y qué pena que no pudiera ser la perfecta cara de mi amigo.
El saco de boxeo tendría que valerme por el momento.

Capítulo 2



—Estás preciosa...

Miré a mi padre a través del enorme espejo donde me reflejaba. Estaba llorando, limpiándose las lágrimas de los ojos.

—¿Estás llorando? —pregunté, sin evitar sonreír con ternura.

—No, es que se me metió algo en el ojo —gruñó, con voz de macho, la que ponía siempre que se emocionaba con algo.

Mi hermana, Samy, comenzó a reír y a negar con la cabeza.

—La verdad es que eres la novia más guapa que he visto nunca —sonrió ampliamente.

Volví a mirarme en el espejo y suspiré. Sí, parecía una novia. Y estaba feliz porque mi padre y mi hermana hubieran venido desde tan lejos para estar presentes en la degustación del menú y en la última prueba del vestido. Llegaron a casa el viernes de la cena, pasaron conmigo el fin de semana y esa mañana de lunes volverían a Kansas, a su hogar. Y regresarían un par de días antes de la boda.

Era la novia, pero no me sentía como tal.

Aún quedaba un mes para el enlace, pero ya estaba todo listo. El vestido, el prestigioso hotel donde se celebraría la ceremonia solamente para decorar el lugar como lo habíamos elegido, incluso mejor, porque el que iba a convertirse mi suegro era el dueño de las principales cadenas hoteleras del país.

Casarse en un lugar así no era fácil, pero siendo la boda del hijo del dueño... La alfombra roja estaba asegurada.

Todo un sueño podéis pensar, ¿verdad? Pues no, no era así como yo lo sentía.

Mi relación con James venía de hacía mucho tiempo atrás, desde la universidad. Yo era una chica que llegó con grandes sueños y con la ayuda y el sacrificio de mi padre y de mi hermana mayor, quien había ayudado a pagar mis estudios.

Lo conseguí, terminé mi carrera y en vez de ejercer como abogada, terminé decantándome por la educación. Y en esa misma universidad me quedé, enseñando lo que yo había aprendido. Y me encantaba mi trabajo.

Pero no me encantaba mi vestido.

—¿Por qué tan seria? —mi hermana se acercó a mí y me miró con cariño—
¿Los nervios?

—Supongo que sí —mentí, porque sentía de todo menos eso.

—Tranquila, en el momento en que estés en el altar, todo se pasa. Si es con el hombre correcto, claro.

Resoplé, ya iba a empezar.

—Samy...

—Que todo se te pasará, dije —sonrió.

O no... Porque todo era demasiado. El lugar donde se celebraba, el banquete, los invitados que no conocía a la gran mayoría pero eran compromisos sociales de la familia de James. James en sí...

Siempre me había sentido insegura a su lado. Tan rico, tan guapo, tan perfecto... Y yo tan torpe, tan loca...

Al menos era así al principio, hasta que, con el tiempo, fui puliendo mi carácter y adaptándome a él. Y a nuestra relación.

Y años después, James me pidió matrimonio. Y ese día sentí que era el paso que debía de dar. Porque lo quería, era mi pareja, el hombre con el que compartía mi vida.

¿Entonces por qué sentía que me faltaba algo?

Salimos, con los ajustes hechos en el vestido de novia, para mi casa. Comeríamos algo y los llevaría al aeropuerto.

—Dime qué te pasa.

Miré a mi hermana y salí de mi ensoñación.

—Nada.

—Te conozco como si te hubiera parido —en eso tenía razón, mi madre falleció cuando yo era pequeña y mi hermana, con diez años, siempre hizo más de lo que le correspondía por mí—. Te preocupa algo y no me lo quieres contar.

Estábamos en el sofá, habíamos comido algo rápido y mi padre estaba echado un rato en la cama antes de que nos marcháramos hacia el aeropuerto.

—Solo son nervios por la boda, nada más.

—Te abrumba todo, ¿no?

—Un poco sí —sonreí, avergonzada—. Es demasiado. Pero siempre ha sido así con James —me encogí de hombros.

—Conozco a muchas que matarían por estar en tu lugar, pero yo no soy una de ellas —rio—. ¿Lo quieres? —preguntó poniéndose seria.

—Sabes que sí, siempre lo he querido.

—No es eso a lo que me refiero, Álex —ella, como mi padre y mis amigos de mi ciudad eran los únicos que me llamaban así. Y el hombre más odioso del mundo, que no sabía para qué se me venía a la mente—. Me refiero a si lo amas como para casarte con él.

—Claro que sí —dije ofendida—. ¿Qué te hace pensar que no?

—Nada. Solo que te falta esa chispa que tenías antes —me acarició la mano y entrelazó nuestros dedos—. Has cambiado mucho, pero no a mal —dijo rápidamente—. Solo que a veces echo de menos a esa hermana loca que tenía. Y lo siento, no es el momento, pero ya sabes lo que pienso de esta unión.

Lo sabía bien, James no era santo de la devoción de mi hermana.

—Sigo siendo la misma —puse los ojos en blanco—. Y no sigas por ahí, que me recuerdas al capullo innombrable.

—Ah, Evan —rio.

Sí, Evan. La persona a la que menos soportaba. El hombre que no podía ni ver, ese que, con solo su presencia, ya me ponía de mal humor.

Ese que, un día, muchos años atrás, cuando llevaba poco tiempo saliendo con James, me preguntó exactamente lo mismo: ¿Dónde está esa chispa que tenías?

Era un gilipollas, eso era lo que pasaba.

Evan, James y yo nos conocimos en la universidad. Nos hicimos buenos amigos y ahí incluso me caía bien, era un bien tipo. Hasta que James y yo comenzamos a salir.

Entonces todo cambió.

Cambié yo, dejando a un lado mis locuras y centrándome en mis estudios y en ser alguien mejor. Y cambió él, odiándome para el resto de los días.

Y el odio era mutuo.

Estaba cansada de sus motes, de cómo se refería a mí. Me cansaba cómo vivía, cómo se había convertido en un mujeriego al que no le importaban los sentimientos de ninguna mujer. Lo único que buscaba en ellas era sexo. Sexo fácil y rápido. Sin complicaciones.

No era un hombre que sirviera para el compromiso, solo para usar a las mujeres cuando las necesitaba.

Y, por desgracia, lo veía más a menudo de lo que me gustaría. Porque si fuera por mí, no volvería a verlo en la vida.

Evan nunca había soportado mi relación con James y sabía, porque él mismo

lo había dicho en mi presencia, que no estaba de acuerdo con nuestra boda. Como nunca había creído en que James y yo pudiéramos ser algo más. Yo era poca cosa, insignificante para su amigo del alma.

Se podía ir a la mierda.

La carcajada de mi hermana me hizo pestañear y mirarla de nuevo.

—A la mierda ya lo has mandado muchas veces, pero como que no se quiere ir el hombre —rio.

Joder, lo había dicho en voz alta. Suspiré.

—No lo soporto —resoplé.

—Puede que no —siguió riendo ella—. ¿Pero sabes qué?

—¿Qué? —suspiré, solo pensar en él me ponía de muy mal humor.

—Siempre ha sido el único capaz de devolver esa chispa a tus ojos.

Me quedé mirando a mi hermana, sin entender qué quería decir.

—No sé de qué estás hablando...

Cuando mi hermana y mi padre venían a verme en mis años universitarios, habían conocido tanto a James como a Evan. Cómo no hacerlo si era el grano en el culo de mi novio y mi novio el de él. Siempre los dos juntos, como si fueran siameses.

Mi familia lo adoraba y yo nunca lo había entendido. ¿Cómo no podían ver lo odioso que era?

—Que ese hombre al que tanto odias es el único capaz de sacar a la Álex de verdad.

Vale, pues seguía sin entenderla.

—Pero... —fui a replicar, pero mi padre me interrumpió.

—Creo que es hora de irnos —dijo y miré el reloj, sí, tenía razón.

Así que con esa conversación inacabada, nos marchamos hacia el aeropuerto. Me despedí de ellos con una gran sonrisa, en poco menos de un mes volveríamos a vernos para celebrar el día más importante de mi vida.

Iba de vuelta a casa, conduciendo, cuando el móvil sonó. Puse el manos libres y sonreí al ver, en la pantalla, quién llamaba.

—Hola, cariño.

—Hola, preciosa —saludó James—. ¿Ya en casa?

—No, aún no llegué, pero me queda poco.

—¿Todo bien con ellos?

—Sí, esta vez no lloramos, nos veremos pronto —reí.

—Me alegro. Cariño, yo... Necesito hablar contigo, es importante.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien? —ya me había preocupado.

—Sí, nada malo, pero tenemos que hablar. ¿Nos vemos en mi oficina?

—Vale... En un rato estoy ahí.

—Ve con cuidado.

Fruncí el ceño, lo notaba muy serio. Cambié de dirección en cuanto pude para llegar al centro de Manhattan. James me había preocupado y necesitaba saber qué era lo que estaba pasando. Y no tardé mucho en llegar. Dejé el coche en el parking privado del edificio y cogí el ascensor hasta la oficina de James.

Y, gracias a Dios, no me encontré al capullo número uno por ningún lado.

—Buenas tardes, Kate.

—Buenas tardes, señorita Jordan. El señor Marshall la está esperando —me sonrió su secretaria.

—Gracias.

—Y no se preocupe, el señor Parker no anda por aquí —me guiñó un ojo.

Sonreí como pude, siempre me informaba sobre Evan, el gilipollas. En Marshall & Parker nuestro odio mutuo era más que conocido por todo el mundo.

—Gracias...

Abrí la puerta del despacho de James y entré.

—Hola, cariño —sonreí.

James se levantó, se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. Siempre hacía lo mismo y yo me preguntaba: ¿por qué nunca en los labios?

—Hola...

—¿Qué pasa? Me dejaste preocupada.

—Siéntate, por favor —me señaló el sofá y tomé asiento, él lo hizo a mi lado.

Me quedé mirándolo unos segundos mientras comenzaba a hablar. James era guapísimo, siempre lo había sido. Con esa cara de niño bueno, ese pelo rubio y esos ojos azules que enamorarían a cualquiera, era perfecto.

Y con los años solo mejoraba, pero el añamamiento de su cara era algo de él.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando no pude soportar más el silencio, lo veía nervioso y a mí me ponía peor.

—Alexa, hay algo que no sé cómo decirte.

—Pues sin rodeos, porque me estás asustando.

—Es algo de negocios, no te asustes. Pero tengo que irme hoy mismo de la ciudad.

—Ah... —no era la primera vez, tampoco me sorprendía— Lo entiendo.

—No, no lo haces —negó con la cabeza—. Tengo un caso complicado y me va a tomar más tiempo del que debería. No puedo negarme a ir, mi cliente está

en serios problemas.

—¿Y? Es tu trabajo, lo entiendo.

—Y vamos a tener que aplazar la boda.

Ahí estaba lo que lo tenía así.

—Aplazar la boda... —repetí, a ver si lo había entendido bien.

—Sí. Lo siento, cariño, pero no sé si llegaré a tiempo. Y no quiero arriesgarme a tener que decírtelo en el último momento.

—Podemos esperar un poco, a lo mejor llegas y tampoco es para tanto.

—Es bastante grave, no sé el tiempo que me va a tomar. Por eso pensé que lo mejor era aplazarla.

—¿Y no puede ir Evan? Sois socios.

—No, Evan no lleva este caso, sería un desastre y necesitamos ganar. Siempre me he ocupado yo de este cliente, además, es amigo de mi padre, me quiere a mí.

—Ah —pues vaya estupidez, pensé. Porque siendo sincera, Evan era mucho mejor abogado que James.

Pestañeé varias veces, no sabía ni qué decir.

—Si me estás ocultando algo, James...

—No, ¿por qué piensas así? Nunca te he dado motivos para desconfiar de mí.

Lo miré a los ojos. En eso tenía razón. Siempre había sido sincero conmigo.

—Si es lo que tiene que ser... Retomaremos los planes cuando vuelvas.

—Gracias —me dio un abrazo—. Sabía que podía contar contigo en esto.

—Estoy para apoyarte —sonreí—. Pero te encargas tú de decírselo a tu padre —bromeé.

—Tranquila, lo entenderá —sonrió—. Además, seguro que no es por mucho tiempo.

La boda se aplazaba, ese sería el titular de los periódicos al día siguiente.

Me despedí de James al saber que tenía poco tiempo para preparar su equipaje y marcharse y quedamos en hablar a diario para que me fuera contando todo.

Salí del ascensor en el parking y no podía creerme que me lo tuviera que encontrar allí.

Saliendo de su coche, con ese aire de hombre seguro que siempre desprendía. Abrochándose la chaqueta de su traje negro y esa sonrisa burlona en su rostro.

Era tan diferente a James...

Evan era mucho más alto y musculoso, trabajar en el rancho familiar le había

dado un cuerpo atlético. Eso y que le gustaba el deporte. Y sus rasgos no eran aññados como los de mi prometido. Eran más duros, más varoniles. Con el pelo negro, algo ondulado y un poco más largo, los ojos del mismo color.

Era todo lo contrario al hombre con el que estaba.

—Vaya... La señorita Frígida Amargada nos honra con su presencia. ¿A qué se debe tal honor? —siempre con esa sonrisa irónica cuando se refería a mí, era su modo de tratarme.

—Supongo que lo sabrás mejor que yo.

—Supones mal. ¿Te aburríste ya de dar clases y vienes a pedir un puesto de becaria aquí para saber cómo ejercer?

Puse los ojos en blanco, era gilipollas. Un completo gilipollas.

—Si ejerciera, te aseguro que te quedarías sin clientes —soltó una carcajada, lo peor de todo era que se divertía cuando a mí me ponía de muy mal humor.

—Seguro que sí —rio.

Seguí caminando, pasé por su lado, no tenía ganas de mirarlo más. Ya bastante jodida estaba.

—Espera —me agarró del brazo y me puso de nuevo frente a él. Observó mi cara, la sonrisa ya fuera de su rostro—. ¿Estás bien?

Caray, ¿eso que escuchaba era preocupación en su voz? Qué cínico era. Me deshice de su agarre, no quería que me tocara.

—Sí. Y supongo que tú mejor que yo al saber que la boda se aplaza, ¿no? —elevé mis cejas, estaba claro que era lo que siempre había querido.

—¿La boda se aplaza? —preguntó, como el que no sabía nada y apretó la mandíbula.

—Por ahora sí. Te dejo que disfrutes de ello un tiempo, hasta que James vuelva de su viaje de negocios puedes pensar que ganaste. No se casará, por ahora, con alguien como yo —le guiñé un ojo.

—Un aplazamiento temporal...

—Pero es un poquito de felicidad para ti, ¿verdad? Disfruta mientras volvemos a ponerle fecha a estar en el altar.

Y me marché, me metí en el coche y me fui de allí. Estaba temblando y no por el aplazamiento de la boda. Sino porque cada vez que tenía a ese hombre delante, reaccionaba así. Y estaba segura de que era porque cada vez lo odiaba más.

Respiré, intentando calmarme. Me miré el brazo, notaba que me quemaba donde me había tocado él.

Imbécil, ¿por qué siempre conseguía ponerme en ese estado? Siempre me

sacaba de mis casillas, siempre me ponía nerviosa, incluso temblando si me rozaba.

Dieciséis años después, seguía sin saber por qué tenía ese efecto en mí.

Intenté olvidarme del tema mientras llegaba a la universidad, era hora de seguir con mi vida.

Capítulo 3



Esa mañana me desperté solo.

Entre semana, con la cantidad de trabajo que tenía, no me arriesgaba a buscar compañía. Sabía que con un par de llamadas sería suficiente, pero tenía como norma no repetir con nadie. Una noche, una mujer y adiós para siempre. Yo no estaba hecho para nada más.

Y no quería nada más.

Vivía en un chalé a las afueras de la ciudad. Era una zona tranquila y alejada de todo, bastante tenía con el ruido y el estrés cuando trabajaba, en mi casa buscaba la paz.

Ropa deportiva y a correr, como cada mañana.

Necesitaba esos momentos para mí, para despejar la mente, para aclararme. Correr y el boxeo eran dos de mis grandes pasiones.

Sentir cómo los músculos se tensaban, la adrenalina corriendo por mis venas... Era adictivo. Al parecer mejor que el sexo, porque últimamente ni eso me llenaba. Sería cosa de la edad. Treinta y cuatro años y ya aburrido de todas, qué triste.

Empapado en sudor, me metí en la ducha nada más llegar a casa. Necesitaba sentir el agua recorriendo mi piel, aliviando la circulación y la tensión de una buena maratón.

El traje de rigor puesto y con una taza de café estaría preparado para enfrentarme, otro día más, al mundo.

Encendí la televisión mientras llenaba mi taza. Y esta casi se me cae de las manos cuando el nombre de James Marshall era el protagonista de una noticia. De un programa del corazón, cómo no.

“El prestigioso y multimillonario abogado James Marshall fue pillado en actitud más que cariñosa con otra mujer que no es su prometida.”

Ese era el titular. Según decían, el día anterior fue grabado en el aeropuerto

con dicha mujer y enseñaban fotos e imágenes de los dos juntos. Quien viera eso, no tendría ninguna duda de que entre ellos había algo más que una amistad.

—Al parecer —dijo la presentadora—, esta mañana iba a darse la noticia del aplazamiento nupcial del señor Marshall con la señorita Jordan, con la que iba a contraer matrimonio en un mes. Pero nuestras cámaras lo han encontrado antes y hemos descubierto cuál es el verdadero motivo por el que el matrimonio entre el codiciado abogado y la profesora, que ha sido su novia casi toda la vida, no se celebrará. Mi pregunta es, ¿por qué iban a anunciar un aplazamiento en vez de una anulación? O es que, acaso, nuestra pobre profesora no sabía nada sobre los verdaderos motivos de la “huida” de su novio.

—Por lo que sé —siguió uno de los colaboradores—, Alexa Jordan estuvo ayer por la mañana con la prueba de su vestido de novia. Así que no, no parece saber nada. Se la han metido doblada —dijo con cara de espanto, pero con risa en su voz.

—Joder —resoplé. Iba a matar a alguien y no solo a James.

En ese momento algo extraño me entró por el cuerpo. Solo pensaba en ella, en que podía sufrir y en que yo no estaba en casa. Así que, sin pensarlo, salí rápidamente de casa, tenía que encontrarla. Me metí en el coche y conduje todo lo deprisa que pude hasta su casa. Necesitaba saber que estaba bien. Porque de que se había enterado de todo, estaba más que seguro.

—Hijo de puta —dije al descolgar la llamada cuando me entró, apreté el volante con fuerza, deseando que fuera su cuello—. Te dije que esto podía pasar.

—No es momento ahora, Evan. Tendrás toda la vida para insultarme. Necesito que vayas a verla, necesito que me digas que está bien.

—¿Qué necesitas qué? —pregunté como incrédulo y sin decirle que eso era lo mismo que estaba haciendo y que aún no tenía ni puta idea de por qué estaba actuando así.

—No tiene a nadie en esa ciudad y lo sabes. Eres la única persona que puede acercarse. Necesito saber que se encuentra bien, Evan.

—No te preocupó eso demasiado cuando saliste en ese vuelo con la pelirroja —resoplé, recordando las imágenes de él con la otra mujer.

—No pensé que pudiera pasar algo así, joder —dijo, frustrado—. La he llamado por teléfono varias veces y no me lo coge, tiene que estar encerrada en su apartamento. Solo necesito que vayas y que me digas que está bien.

—No va a querer verme. Me va a mandar a la mierda.

—Si es así, entonces sabré que está bien —dijo divertido.

—Te juro que cuando vuelvas, te voy a destrozar esa cara de niño guapo que

tienes.

—Podrás hacer lo que quieras, siempre y cuando estés pendiente a ella. La quiero, Evan, son muchos años.

—Pues bonita forma de querer —dije con ironía.

—¿Puedes, por favor —suspiró— encargarte de que esté bien? ¿Puedes cuidar de ella? Necesito que lo hagas, encárgate de ella hasta que vuelva.

—Me odia, tanto o más de lo que yo la odio a ella. ¿Qué te hace pensar que podré controlarla?

—Ahora me odiáis los dos a mí, tenéis algo en común.

—Seguro que eso es muy cierto.

Y no sabía cuánto ni yo sabía por qué, pero lo odiaba. Odiaba la forma en que se estaba comportando con ella. Odiaba que le hiciera daño. Odiaba cualquier cosa que pudiera lastimarla.

Y, por eso mismo, la odiaba a ella.

—¿Irás a verla? —insistió.

—Lo intentaré —mentí.

—Gracias, Evan. Más que nunca te necesita cerca. Cuida de ella, por favor.

Me reí a carcajadas.

—Créeme, necesita a cualquiera menos a mí. Debe tener las mismas ganas de verme que yo a ella. Ninguna, como siempre.

No te mientas a ti mismo, pensé y maldije mentalmente.

—Te llamo después, a ver si lograste verla.

—Ajá...

—Y Evan... Gracias por todo.

Corté la llamada por no insultarlo de nuevo. Sabía que eso iba a pasar, sabía que la verdadera razón iba a salir a la luz.

Pero lo que no sabía era por qué demonios yo había salido corriendo hacia su casa.

La entrada delantera al edificio estaba llena de periodistas. Di la vuelta a la manzana, aparqué el coche y entré por la parte trasera del edificio, en la que, gracias a Dios, aún no había nadie.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó el conserje, un señor mayor y pequeño que llevaba años trabajando allí.

—Soy el abogado de la señorita Jordan, necesito hablar con ella —había estado por allí un par de veces, pero seguramente ni se acordaría de mí.

—La señorita Jordan no me ha informado de que esté esperando ninguna visita —dijo cuadrando sus hombros, irguiéndose lo que pudo.

Miré al pequeño y menudo hombre que tenía delante y cuando vi que su postura cayó y se echó para atrás, supe que mi mirada tuvo efecto.

—Me importa una mierda si se ha acordado o no de decirle que venía. Voy a subir, con su ayuda o sin ella. Y si se interpone en mi camino, le aseguro que va a salir muy mal parado.

—No puede venir así, es una propiedad privada y... —tartamudeó.

—Apartamento 512, ¿verdad?

Que me detuviera si podía. Sabía que el pobre hombre no tenía culpa de nada y que solo estaba intentando que no se colara ninguno de los periodistas que estaban esperando en la puerta. Pero yo no estaba de humor para dar más explicaciones de la cuenta.

Cogí las escaleras y subí las cinco plantas corriendo, subiendo los escalones de dos en dos, a ver si cuando llegara arriba, me había relajado un poco.

Apoyé mi mano en la pared cuando estaba delante de su puerta y llamé al timbre. Nada...

Volví a llamar y nada, nadie contestaba. Maldita sea.

Iba a golpear la pared y a marcharme cuando escuché un ruido detrás de la puerta. Volví a llamar.

—Abre la puerta, porque te juro que no me voy a ir hasta que lo hagas —dije con voz amenazadora—. Y soy muy capaz de tirarla abajo, Álex, no me provoques.

La amenaza funcionó. Escuché el chasquido del cerrojo y la puerta se abrió.

Y ahí estaba la mujer más insoportable del mundo.

—¿Qué haces aquí? —la rabia en sus ojos y...

—¿Has llorado?

La vi resoplar y poner los ojos en blanco, fue a cerrarme la puerta en las narices, pero conseguí pararla con la mano.

—Déjame en paz, Evan.

—Me vas a dejar entrar. Por las buenas o por las malas, Álex.

Empujé un poco la puerta y entré dentro. Había pañuelos de papel por todos lados, varios vasos en la mesa. Sabía que era bastante ordenada, así que debía de estar más jodida de lo que imaginaba.

—No estoy de humor para ti hoy, vete de mi casa —me giré y la miré.

Me acerqué a ella, retrocedió un poco, pero terminó cuadrando sus hombros y mirándome con altanería. Sonreí, prefería verla así, preparada para la batalla que llorando.

Me paré antes de que nuestros cuerpos se tocaran, alargué la mano y cerré la

puerta.

—¿A qué viniste? ¿A ver si estoy bien? ¿Si reía o si lloraba?

—Viste la televisión... —podéis pensar que no era muy lumbreras, pero tenerla tan cerca me puso nervioso.

—¿Y quién no? —rio con ironía, una lágrima cayó por su mejilla y se la limpió, furiosa— Tú lo sabías, ¿verdad? —negó con la cabeza— Si es que soy gilipollas. Claro que lo sabías. Y seguro que lo apoyaste. Pues te salió bien. Aquí estoy, hecha una mierda. Es como me querías ver, ¿no?

—No... —dije en un susurro.

—La señorita Frígida Amargada ya no se casará con tu mejor amigo, ya puedes sentirte feliz. Ahí tienes lo que querías.

Sí, eso era precisamente lo que quería. Lo de ellos dos no podía funcionar, ella no era mujer para él. Ella no lo habría hecho feliz.

—No habrías sido feliz, Álex —ella tampoco, eso seguro.

—¿Y desde cuándo te importa eso? No seas cínico, Evan. Ya me has visto destrozada, estarás satisfecho. Ya puedes decirle a tu amigo que estoy mal pero que no me corté las venas, porque te mandó él, ¿no?

—No me mandó nadie —apreté la mandíbula, no había ido por eso y tampoco podía explicarle por qué, ni yo mismo lo sabía.

Ella suspiró.

—Por favor —dijo como rendida, perdiendo esa fuerza en su mirada, esa que siempre sacaba cuando estaba cerca de mí, esa que cambiaba cuando era la novia de mi mejor amigo—, déjame en paz. Por una vez en tu vida, deja el odio que me tienes y déjame en paz —sollozó.

Maldito fuera James, le había hecho daño.

—No llores —acerqué mi mano, me temblaba, pero lo hice y limpié su mejilla de lágrimas—. Insúltame, saca todo el odio, pero no llores —no podía soportar verla así.

—Pensé que te gustaría verme así.

Sin estar con él sí. Llorando no, eso no.

Dejé caer mi mano y me la pasé por el pelo. No sabía qué me estaba pasando. Quería matar a James por hacerle eso, quería matarla a ella por estar con un tipo como él. No la merecía.

—¿Puedes irte ya? Por favor... —volvió a rogarme.

Debería. Pero no podía.

Negué con la cabeza y apreté los puños.

—¡Que te vayas! —se abalanzó contra mí— ¡Maldito seas! —me golpeó el

pecho con ellos y yo ni me moví, dejé que descargara la rabia, me quedé como el blanco de su ira. Quería que lo soltara todo, lo que hiciera falta mientras dejara de llorar.

Cuando fue perdiendo fuerza, puse mi mano en su cabeza y la apreté contra mi pecho. Sollozaba en silencio. La otra mano alrededor de su cintura, esperando a que se calmara.

Solté el agarre cuando la noté más relajada, levantó la cabeza de mi pecho y me miró a los ojos.

—¿Por qué me hizo esto? ¿No soy suficiente para él?

Joder. ¿Ella temía no ser suficiente? ¿Ella creía que era el problema? Cómo no, si hasta yo mismo me había encargado de hacerle creer eso con la cantidad de veces que le había dicho que no era la mujer para él.

—Joder —dije con rabia antes de coger su cara entre mis manos y besarla con todo el odio que sentía en ese momento.

Odio hacia James por ser un hombre de mierda.

Odio hacia el mundo por haber hecho que ella se enterara así de su engaño.

Y odio hacia ella, por provocarme así.

La besé a conciencia. Con rabia, furioso. Magullé sus labios mientras callaba sus protestas. Hasta que se abrió a mí. Hasta que me dejó hacer lo que quería.

Dios, eso sí era un beso.

Sabía a lágrimas. A café. Sabía a un deseo que no había sentido en mi vida.

Sabía a...

—Joder —volví a decir cuando me separé de ella, soltándola como si me hubiera quemado.

Me miraba con los ojos abiertos de par en par y negó con la cabeza repetidamente.

—¿Pero qué haces? —estaba tan asombrada como yo.

No sabía qué responderle, no tenía idea de por qué había hecho eso. Solo que quería más. Me acerqué un poco a ella y retrocedió rápidamente. La chispa volvió a sus ojos.

—¿Crees que soy una más de tus fulanas? —escupió.

—Joder, Álex, deja esa mierda ahora —dije con rabia.

—No soy una de ellas, Evan, no vuelvas a tratarme como tal —dijo furiosa—. Vete de mi casa —abrió la puerta— y no vuelvas más. No quiero volver a verte.

Apreté la mandíbula y salí de allí. Cerró la puerta y me apoyé en la pared de fuera. Mi pecho aún subía y bajaba aceleradamente.

¿Pero qué demonios había pasado ahí dentro?

Capítulo 4



Apoyé mi espalda en la puerta y me dejé caer al suelo.

Levanté mi mano y rocé los labios magullados por Evan. Estaba en shock, no sabía por qué había hecho eso, ¿se había vuelto loco?

Ese hombre me odiaba, como yo a él. Entre nosotros nunca había habido nada que no fuera el no poder soportarnos el uno al otro.

Lamí mis labios, aun saboreándolo en ellos. Y gemí. Mierda, me había excitado. Me levanté rápidamente, me quité la ropa y me di una ducha, intentando borrar el recuerdo de sus manos en mi cuerpo, el sabor de su boca y la mía tras cepillarme tres veces los dientes.

Debería haberle separado y abofeteado, pero no pude más que rendirme a lo que me estaba haciendo sentir. Hacía tanto que no me sentía como con él... Tal vez nunca lo hice.

Me arreglé un poco, me preparé otra taza de café y me senté en el sofá. No podía borrarlo de mi mente, no podía olvidar lo que había ocurrido entre nosotros.

El móvil sonó. Era mi hermana.

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo estás hoy? —estaba preocupada, la noche anterior, nada más ver las imágenes de James con la otra mujer, la llamé. Estuvo horas al teléfono conmigo, hasta que me quedé dormida.

—Hecha una mierda —suspiré.

—Normal, cariño. Con lo que te hizo ese hijo de puta... Te juro que el día que lo vuelva a tener delante, le... Le... Joder —tenía tanta rabia que ni las palabras le salían y me hizo reír.

—¿Le rompes las pelotas? —pregunté entre risas.

—Se las arranco, se las meto en la boca y lo dejo eunuco para toda su vida —suspiró, aliviada, al terminar.

—¿Eso no debería hacerlo yo? —estaba divertida dentro de lo mal que me

sentía.

—No, tú no vuelves a tocar esa mierda de pene más en tu vida, ya me encargo yo.

—Todo tuyo —reí—. De todas formas tampoco lo tocaba desde hace tiempo —me puse triste otra vez.

Las cosas entre James y yo no habían estado bien. La verdad es que en el sexo, con mi problema, nunca habían ido bien. Pero últimamente no había ni un roce entre nosotros.

Yo lo achacaba al estrés del trabajo, de la boda... No a que hubiera alguien más. Confiaba en él para que, al final, me engañara de esa manera. Aunque pensándolo fríamente, siendo yo así con él en la cama, era normal que buscara lo que no tenía en otro lado. Todo era mi culpa.

Pero siempre creí que si conocía a alguien más, tendría la suficiente confianza para decírmelo. Lo consideraba, además de mi pareja, mi mejor amigo. Pero estaba muy equivocada.

Me había estado llamando, pero no iba a contestar a ninguna de sus llamadas. No quería saber nada de él. Era momento de aceptar lo que estaba ocurriendo y de reponerme yo.

—Tampoco es que te perdieras mucho, hija mía —resopló—. Porque ya te dije muchas veces que vuestra relación muy normal no era.

—No empieces con eso —puse los ojos en blanco.

—Es que es verdad, Álex. Que no lo hayas querido ver porque lo quieres, vale. Pero al menos reconoce las cosas. Joder, que lo hacíais una vez a la semana, apuntado en la agenda y siempre en la misma posición. Y tú ni siquiera terminabas.

—Eso es cosa de la rutina. El estrés... Y sabes que tengo un problema.

—Sí, claro. El problema es que en la cama no sois compatibles. El único que tiene un problema es él, joder, a ver si lo entiendes ya.

—Y me lo vienes a decir ahora —gruñí.

—Llevo años diciéndotelo, otra cosa es que no te quieras enterar. Además, es tu vida, no puedo decirte qué hacer.

—Ya da igual, ya las cosas están así. Hoy no pienso salir de casa, está todo lleno de periodistas —bufé.

—Cuidado que se te cuelan.

—Tranquila, es propiedad privada. Nadie se atrevería a... —nadie menos él, claro. Gilipollas— Maldito sea —gruñí de nuevo.

—Sí, gilipollas que es. Niño rico de mierda.

—¿Eh? No, Evan, que Evan es gilipollas digo.

—Ah... ¿Y qué pinta el buenorro sexy en todo esto?

—¿Por qué lo tienes que llamar así? —hice una mueca con los labios.

—Porque lo es. Podrás decir todo lo que quieras de él, pero que está macizo y es sexy para aburrir no me lo puedes negar.

—Nunca me fijé —carraspeé.

—No, claro que no —rio mi hermana—. Pues te aseguro que yo sí.

—Contrólate, que estás casada.

—Pues por eso mismo. Tener a un barrigón en el sofá, con la cerveza en la mano mientras ve fútbol americano y yo tengo que estar pendiente a los dos demonios... Llega a aburrir. ¿Con quién te crees que tengo fantasías si no? —puso voz de excitada y yo iba a vomitar.

—Joder, cállate.

—Te volviste demasiado pija, Álex, pero aún estás a tiempo de cambiar y de ser como eres —suspiró—. Así que cuando me reconozcas cómo de macizorro está el señor Parker, sabré que vuelves a ser mi hermana —rio, haciéndome reír.

—Me besó —dije atropelladamente, cortando su retahíla.

—No seas... Espera, ¿qué has dicho? —medio preguntó, medio gritó.

—Que me besó —carraspeé y me maldije mentalmente por haberle contado nada.

—¿Quién te besó?

—El gilipollas.

—Álex, en estos momentos, para ti existen dos gilipollas. El de toda la vida macizorro y el hijo de mala madre que te dejó en el altar. Así que no me aclaro mucho.

—Sabes de más a quién me estoy refiriendo —resoplé.

—Pues sí, pero yo quiero que me lo digas —rio.

—Joder. Evan. Me besó Evan.

—¡¡¡Lo sabía!!! —desde ahí ya no le entendí nada, porque estaba gritando cosas sin sentido en plan “yuju”, “yeah” y algo así como “llevo toda la vida esperando este momento” que no entendí muy bien— ¡¡¡Cuéntamelo todo!!!

—No tenía que haberte contado nada.

—Y tanto que sí, ahora me cuentas con detalle. ¿Cómo te besó? ¿Dónde te besó? ¿Cuándo lo viste para que eso pasara?!

—Mejor me voy por otro café.

—Deja la cafeína que, conociéndote, estarás desde anoche alimentándote de eso.

—¡Me conoces bien! —grité desde la cocina, había dejado el móvil con el manos libres en el salón y me alegraba que, al menos, lo que tardara en preparar el café, no la estuviera escuchando.

Volví al sofá con otro vaso en la mano. De plástico, porque no tenía ni uno normal limpio. Para matarme.

—¿Álex? —preguntó desesperada.

—Sí... Ya estoy —le di un sorbo a mi café.

—Cuéntame o te juro que cojo el primer vuelo que haya y estoy allí mismo hoy... O algo peor, lo llamo a él por teléfono para enterarme —me amenazó.

—No, por Dios, eso no —dije rápidamente.

—Entonces ve soltando por esa boquita.

—Si es que no sé ni qué pasó... —suspiré.

—Yo menos y no me vas a dejar con la duda.

Puse los ojos en blanco de nuevo, era una bocazas, no tenía que haberle contado nada.

—Vino aquí, no sé cómo logró subir pero me lo imagino, amenazando al pobre Arthur —resoplé.

—Ajá.

—Subió, no dejaba de llamar al timbre y, al final, al ver quién era y que me amenazó con tirar la puerta abajo, pues abrí y entró sin ser invitado.

—Si es que es sexy hasta en eso.

—Oh, por Dios, cállate —bufé—. O no sigo contando.

—No, no. Cuenta que ya me callo.

—Nada, discutimos como siempre y no sé por qué, me besó.

—¿Así? ¿Sin más?

—Pues sí. Yo lloré, le pedí que se marchara y estaba preocupado, no sé. Lo mandaría James, ¿para qué iba a venir si no? Hizo esa tontería y listo, lo eché de casa.

—¿Sin polvo ni nada? —preguntó incrédula.

—¿Pero quién te crees que soy? ¿Una de sus fulanas?

—No, Álex, eso no. Pero un poco tonta sí que eres, hija mía.

—Me acaban de dejar plantada delante del todo el país con una cornamenta impresionante. Y aparece el hombre que más odio para burlarse de mí y termina besándome. Sí debo de ser tonta, sí, porque no entiendo nada.

—Ya lo harás —resopló—. Cuando vuelvas a verlo, le preguntas.

—No volveré a verlo —dije tajante.

—Ah, lo harás. Verás que sí. Un hombre así no acepta un no tan rápidamente

—rio.

—Soy la mujer que más odia, no sé si te acuerdas. Además, no quiero verlo.

—No quieres verlo porque te gustó, ¿verdad?

Maldita fuera mi hermana, ni yo quería reconocerme eso a mí misma, mucho menos se lo iba a decir a ella.

—No —mentí.

—¿Sabes una cosa, Álex? Hace años hice una apuesta con papá y me da que la voy a ganar.

—¿Qué apuesta? —uy, eso era para recelar.

—La sabrás en su momento, pero, por una vez en tu vida, hazme caso. Abre tu mente, no todo es como crees.

—¿A qué viene eso?

—A nada. Ya vamos hablando, tengo cosas que hacer.

—Está bien.

—¿Y, Álex?

—Qué... —qué pesada era cuando quería.

—Además de abrir la mente, no te vendría mal abrir un poco las piernas —
rio.

Iba a ponerla de vuelta y media cuando me colgó entre carcajadas. Así era mi querida hermana, una cotilla de mucho cuidado. Y por si eso no fuera poco, siempre parecía hablar en clave. Nunca llegaba a entenderla.

Me tumbé en el sofá y volví a recordar el momento con Evan. No podía quitármelo de la cabeza. Desde ese momento me sentía como... ¿Diferente?

Lo que estaba era traumatizada con lo que estaba viviendo. El dolor por la traición de James me había dejado mal de la cabeza. Sí, debía de ser eso, nada más por lo que preocuparse.

Lo que había ocurrido con Evan se me borraría de la mente nada más que durmiera un poco. Y cuando al día siguiente volviese al trabajo, ya ni me acordaría de él.

Bastante tenía con lo que me iba a durar el tema de ser la novia engañada y abandonada antes de la boda.

Cerré los ojos, intentando pasar el día tranquila. Al menos, sin pensar en Evan.

Pero unas horas después, todos mis intentos habían sido en vano.

Capítulo 5



“No soy una de tus fulanas.”

“No quiero volver a verte.”

“¿No soy suficiente para él?”

Esas tres frases llevaban todo el día atormentándome.

La había tratado mal, la había insultado, pero nunca la había considerado una fulana, una puta, como ella parecía pensar.

Estaba claro que no querría volver a verme. ¿Para qué? Siempre estábamos con las escopetas cargadas. Nunca una palabra amable entre los dos.

Y lo peor, lo que más me jodía. ¿Ella pensó en algún momento, de verdad, no ser suficiente para él? ¿Se sentía inferior al mierda de mi amigo? Iba a dejar de llamarlo así porque me salía la vena psicópata.

Verla llorar, ver cuánto la había lastimado era algo que no podía soportar. Fue ahí cuando nació ese instinto protector para con ella que ni sabía que existía. Y por eso la besé. Porque necesitaba calmarla. Porque no soportaba ver el dolor en sus ojos.

Mentira, no lo hiciste solo por eso, lo hiciste porque la deseas. De siempre.

No, negué inmediatamente a mi mente. Eso no era así.

Después de haberla ido a ver, fui al despacho e intenté centrarme en el trabajo. Algo inútil, no me la quitaba de la cabeza. Pasé la tarde en el gimnasio, a ver si eso ayudaba. Al volver a casa, me llamó James y lo mandé directamente a la mierda tras decirle, con ironía, que no se preocupara tanto, que ella estaba bien.

—Cuida de ella, me importa, aunque no lo creas —esa fue la última frase que le dejé decir antes de colgarle la llamada.

Era ya de noche y yo seguía pensando en ella. Con el sabor de sus labios en los míos, intentando olvidar las sensaciones de ese beso, de sentir su cuerpo tan cerca del mío.

Me quité la ropa sudada de haber estado golpeando el saco de boxeo y me metí en la ducha.

Estaba excitado, llevaba así desde que la había tocado. Apreté los dientes, no quería ni tocarme, ni eso me aliviaría. Necesitaba tenerla cerca y saber qué era lo que me estaba ocurriendo.

Pero ella no quería verme...

Frustrado, salí de la ducha, unos vaqueros, una camisa y, sin pensármelo más, cogí el coche. Iba a tener que decirme de nuevo a la cara que no quería verme. Iba a tener que dejarme claro cuánto me odiaba. Porque si no lo hacía, me iba a volver completamente loco.

Dejé el coche donde lo hice esa mañana y entré en el edificio. El conserje, al verme, ni se atrevió a intentar detenerme. Subí los escalones de dos en dos, corriendo y golpeé la puerta al llegar.

Como esperaba, no iba a abrirla, seguramente ni se acercaría a la mirilla. Tendría que amenazarla de nuevo.

Cogí el móvil y le envié un mensaje de texto.

“Tienes dos opciones. Una, abres la puerta y me dejas entrar y nadie se enterará de nada. O dos. No lo haces y me pongo a armar el espectáculo del año. Si los periodistas aún no tienen nada sobre ti, les daré de qué hablar.”

No tardó mucho en responder.

“Vete, Evan. No quiero verte.”

“Dímelo a la cara.”

La puerta no tardó demasiado en abrirse.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó cuando nuestras miradas se encontraron.

Enarqué las cejas, esa no era la respuesta que debía de darme, ¿no? Lo que me hizo sonreír.

Nos quedamos unos segundos mirándonos, la tensión entre nosotros. Estaba preciosa, ¿cómo no me había fijado nunca en lo preciosa que era? Esos ojos... Esa boca...

Y ella tuvo la mala idea de lamerse los labios.

Mierda.

Mi excitación ya dolía demasiado como para soportar algo así. Con un movimiento rápido, la agarré por la cintura y la pegué a mi cuerpo mientras con la otra mano hacía presión en su nuca para conseguir, de nuevo, su boca.

La sorpresa que se llevó se le pasó rápidamente. Y esa vez no me rechazó, no intentó evitarlo. Cayó rendida, respondiéndome con la misma intensidad.

—Evan... —suspiró cuando dejó sus labios unos segundos. La mirada sorprendida en su cara.

—Joder —gemí y volví a atacar su boca.

La deseaba. La deseaba más de lo que nunca había deseado a nadie.

Agarré su trasero con mis manos y la levanté en peso. Sus piernas se entrelazaron alrededor de mi cintura, sus brazos alrededor de mi cuello. Sin dejar de besarla, entré en su apartamento y cerré la puerta con un puntapié.

Miré alrededor, no iba a llegar a la cama, me iba a correr antes. La dejé sobre la mesa del salón y me coloqué entre sus piernas.

—Evan, no podemos...

—Y una mierda que no —gemí. La miré a los ojos, la incertidumbre en ellos. Sus labios hinchados por los besos—. Dime si no quieres, Álex, entonces me iré. Pero no me digas que no podemos.

—¿Qué estamos haciendo?

—No lo sé —dije con sinceridad—. Pero no quiero parar —la miré a los ojos, esos preciosos ojos color café con motitas doradas que conocía demasiado bien, solo que estaban más brillantes que nunca—. Necesito saber qué es lo que nos está pasando.

—Yo tampoco quiero parar —le costó decirlo, lo noté, y la voz le salió como un susurro doloroso.

Debía de estar tan desconcertada como yo, pero tampoco quería quedarse con las ganas. Y yo me iba a encargar muy bien de que eso no sucediera.

Cogí su camisa y se la arranqué, dejando sus pechos desnudos.

Joder, pensé. La miré a los ojos, con el deseo crudo en los míos.

—Necesito follarte —me dolía admitirlo tanto como me dolía el tenerla cerca en ese momento y no estar ya dentro de ella.

Y ahí volvimos a desatarnos. Desesperada, intentó quitarme la camiseta y la ayudé, hasta dejarla caer al suelo. Uní nuestros cuerpos, sentir su piel mientras devoraba de nuevo su boca fue la mejor sensación que había experimentado nunca.

Bajé mi lengua por su cuello, lamiendo cada centímetro de su piel hasta llegar a sus pechos. Los ahuequé con mis manos y casi exploto cuando la escuché gemir tan crudamente. Era momento de relajarme yo un poco si no quería acabar en vergüenza. Era momento de dedicarme solo a ella.

Me metí un pezón en la boca y lo succioné, mordí un poco y lo alivié con mi lengua. Era el turno del otro.

Ella se dejó caer en la mesa, abandonándose a las sensaciones de mi boca en

su cuerpo. Podría estar así eternamente y no me cansaría. Se arqueaba, pidiendo más.

Yo iba a darle todo lo que necesitaba.

Bajé su pantalón mientras ella elevaba sus caderas para ayudarme y me quedé contemplándola unos segundos. ¿Cómo podía esa mujer sentirse insegura o insuficiente para alguien?

Era perfecta.

—Evan, no...

Levanté la mirada cuando escuché la inseguridad en su voz, se estaba tapando y eso no me gustaba nada. No tenía que hacerlo conmigo, quería cada centímetro de su piel tal y como era.

La quería a ella. A esa mujer de rasgos latinos a la que tanto había detestado siempre y que ahora me tenía a sus pies.

Me desabroché el cinturón, bajé mi pantalón y liberé mi pene.

—¿No? —le pregunté, ella decidía.

Dudó, sabía que le estaba dando vueltas a algo en su cabeza, pero al final se rindió al deseo crudo que nos invadía. Quitó las manos y dejó de taparse.

—No pares —dijo al final.

Como si yo pensara en hacerlo...

Coloqué mi pene en la entrada de su vagina cuando me puse el preservativo y entré con un solo movimiento.

—Dios... —gimió.

Yo era incapaz de pronunciar sonido, agarré su cintura con fuerza y me quedé quieto, dentro de ella. Todo mi cuerpo en tensión, la mandíbula apretada. ¿Desde cuándo no sentía algo así? Tan perfecto...

Salí un poco y volví a entrar en ella. Fuera... Dentro otra vez, con más fuerza. Ella cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, rendida al placer. Y yo empecé a penetrarla con fuerza. Más rápido. Sin pausa. Mientras miraba cómo sus pechos se movían y su cuerpo se arqueaba, sudoroso.

Estaba haciéndola mía.

—Evan... —su voz entrecortada, sabía qué me estaba pidiendo.

Cogí un pecho con una mano y lo apreté con fuerza, la otra mano bajó hasta rozar su clítoris, primeros con movimientos suaves hasta que noté que iba a llegar al orgasmo. Aumenté la presión de mis dedos y la penetré más fuerte, más rápido, hasta que gritó y comenzó a temblar. Las contracciones de su vagina alrededor de mi pene me llevaron al límite. Ya no podía aguantar más.

Terminé y me quedé en tensión, sin moverme, entrando lo máximo que podía

en ella mientras soltaba todo. Hasta que mi cuerpo se relajó un poco. Eché la cabeza para atrás.

Había sido el mejor sexo de mi vida.

—Álex... —suspiré al mirarla, ya incorporándose.

—Vete, Evan. Y no vuelvas más —la desesperación en su voz, sus ojos llenos de lágrimas.

Me estaba echando. Después de lo que había ocurrido entre nosotros, me odiaba más de lo que lo hacía antes. Podía verlo en sus ojos.

Hice lo único que podía hacer. Me subí los pantalones y la cogí en brazos.

—¿Qué haces? —preguntó mientras se agarraba a mí para no caerse.

—¿El dormitorio?

—Deja las locuras, Evan...

—¿Dónde está el dormitorio, Álex? —insistí.

—Segunda puerta a la izquierda —resopló.

Nunca había estado en esa habitación y tampoco iba a fijarme en ese momento en cómo era. Encendí la luz, me agaché un poco, sin soltarla y destapé la cama. La tumbé en ella, la tapé y comencé a desnudarme de nuevo.

—Evan... —dijo alarmada.

Podía alarmarse lo que quisiera, yo sabía bien lo que estaba haciendo. Me acosté a su lado y me tapé.

—Estás loco.

—Ajá.

—Evan, no vamos a dormir juntos. Joder, ¿no te das cuenta de lo que hemos hecho?

—Me he dado cuenta perfectamente, te lo aseguro. Ahora calla —la cogí y puse su cabeza en mi pecho— y duerme.

—Te odio —resopló—. Como tú a mí, ¿o lo olvidaste? No puedes dormir aquí.

—Ódiame... —suspiré— Pero te quedas conmigo.

Noté su suspiro y cómo estaba de nerviosa, la abracé con fuerza, hasta que comenzó a relajarse y su respiración me dio a entender que se había quedado dormida.

Yo no sabía qué estaba pasando, solo que lo que había ocurrido entre nosotros era algo que quería que siguiera ocurriendo.

Lo que había sentido con ella, no lo había sentido con nadie más y en ese momento no iba a analizar más la situación. Solo que no iba a dejarla sola porque yo no quería separarme de ella.

Capítulo 6



Me desperté a la mañana siguiente y fui consciente, rápidamente, de lo que había ocurrido la noche anterior. Como para no hacerlo si seguía sobre un duro y caliente pecho.

—Buenos días —dijo con voz somnolienta, pero se notaba de muy buen humor.

Levanté la cabeza y lo miré. Joder, estaba guapísimo recién despierto. Y macizo, como bien decía mi hermana.

—Fue real —fue lo primero que me salió, sin pensar en ello.

—Sí, lo fue —una sonrisa torcida se formó en su cara—. Si lo necesitas, puedo demostrarte de nuevo que lo fue.

—No, creo que me hago una idea —me tuve que reír. Por primera vez en mi vida, esa sonrisa picarona me hacía gracia.

De repente se quedó serio, dejé de reír y carraspeé. Me fui a separar de él, pero me cogió y me puso encima de su cuerpo.

—¿Adónde vas?

—A preparar café o algo.

—Primero mírame —cogió mi cara entre sus manos—. ¿Por qué dejaste de reír?

—Con tu cara como para no hacerlo —bufé—. No sé qué dije malo...

—Calla. No dijiste nada malo. Solo pensé en cuánto tiempo hacía que no te veía así, sonriendo de verdad. Y lo preciosa que estás cuando lo haces.

—Esto solo fue sexo, Evan, no necesitas halagarme.

—¿Crees que te halago? Estás notando, de más, cómo de excitado me tienes. Y eres preciosa, Álex, cuando sonríes, cuando odias... Lo has sido siempre —dijo y sonaba sincero.

No sabía por qué me decía esas cosas. No tenía nada que conseguir ya. Me quedé mirándolo a los ojos, intentando buscar una respuesta en ellos. Pero su

beso me desconcentró un poco.

—¿Qué es lo que estamos haciendo? —gemí entre sus labios.

—¿Acaso importa? Te deseo y sé que me deseas. Solo dejemos que fluya y ya. Sin cuestionarnos nada más.

—Yo no soy mujer de usar y tirar, Evan. Por muy mal concepto que tengas de mí...

Grité con el susto que me dio al invertir las posiciones.

—Escúchame porque solo te diré esto una vez, ¿de acuerdo? —afirmé con la cabeza, cuando se ponía así de serio, era mejor callarse— Te busqué ese día porque estaba preocupado por ti, no porque nadie me lo pidiera.

—No me mientas, Evan, al menos eso, nunca me mientas. Puedo con todo menos con las mentiras.

—No lo hago, te lo juro. Te besé porque necesitaba hacerlo. Y volví anoche porque deseaba saber qué era lo que estaba ocurriendo entre nosotros. Y ahora que te tuve entre mis brazos, te puedo asegurar que no estoy pensando en desecharte a la primera. Habría salido corriendo anoche cuando me echaste.

—¿Entonces qué es lo que quieres?

—No lo sé, Álex. Ni yo sé qué mierda pasa entre nosotros. Pero me gusta y no quiero que pare. ¿Es tan difícil de entender?

No lo era tanto porque a mí me pasaba lo mismo, me sentía de la misma manera. Deseando más de él y, a la vez, sin poder entender qué era lo que quería, buscaba o necesitaba. ¿Dónde había quedado nuestro odio?

—¿Me estás diciendo que te gusto? —abrí los ojos de par en par, en plan payasa.

—Ay, Dios —bufó y me mordió en el cuello, bromeando y haciéndome reír.

Hasta que nuestras miradas se encontraron de nuevo y pude ver el deseo en sus ojos.

—De verdad me deseas —era algo inconcebible para mí, ese hombre siempre me había insultado, me había odiado durante años.

—Como tú a mí —movió su mano hasta meterla entre nuestros cuerpos. Acarició mi sexo un poco, abriéndolo hasta tocar mi clítoris y bajó hasta que dos de sus dedos entraron en mí—. ¿Lo ves?

Yo no veía nada, yo solo sentía que no quería que parara. Gemí mientras sus dedos entraban y salían de mi cuerpo. Cerré los ojos y me mordí el labio.

—Mírame —me pidió.

Ni siquiera le pregunté para qué. Mis ojos se abrieron y se enfocaron en los suyos.

—Quiero ver cómo disfrutas. No quiero que dejes de mirarme mientras hago que te corras, ¿de acuerdo?

De repente, es como si todo se me viniera encima. Tantos años de sentirme defectuosa. Y no pude evitar que saliera.

—Evan... —dije preocupada y con ganas de llorar.

El movimiento de sus dedos paró y me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre?

—Yo... —mierda, me limpié una lágrima que se me había escapado.

—Álex, me estás asustando —sacó sus dedos de mi interior rápidamente y se quitó de encima, poniéndose a mi lado y girándome para tenerme frente a él, nuestros cuerpos pegados—. ¿Te hice daño?

Negué rápidamente con la cabeza. Tenía un nudo en la garganta, pero tenía que decirle la verdad.

—Tenías razón en algo que me dijiste —el frunció aún más el ceño, esperando a que terminara de explicarle, pero temía que se riera de mí—. Soy frígida a veces, no consigo llegar al orgasmo —solté atropelladamente.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó con incredulidad.

—No —tragué saliva.

—¿De dónde has sacado semejante estupidez? —preguntó, pero esa vez enfadado.

—Siempre ha sido así.

—No me jodas, Álex —me observó unos segundos—. Lo crees de verdad, ¿no? —afirmé con la cabeza. Claro que lo creía, toda la vida me había pasado lo mismo. Muy pocas veces había logrado tener un orgasmo, incluso pensé que era un problema físico y acudí al médico, pero todo estaba normal. Mis relaciones con James eran lo que eran, un desahogo para él, una vez a la semana. Suponía que por eso había buscado a otra—. Te tuve anoche entre mis brazos y llegaste al orgasmo. Y te aseguro que también lo tendrás ahora.

—Así, con los dedos, nunca he logrado tener uno.

—¿Con cuántos hombres has estado?

—Solo con James.

—James es un maldito gilipollas —dijo con fiereza—. No tienes ningún problema, pero, al parecer, él sí —cogió aire, suponía que intentaba relajarse—. Yo nunca te he llamado así porque supiera nada de eso. Lo siento mucho —dijo mortificado—. Te juro que no sabía nada. Y te aseguro que no tienes ningún problema. Te lo demostré anoche y te lo demostraré las veces que sean necesarias para que te quites esa mierda de la cabeza.

—Evan, no estoy mintiendo.

—No pienso que lo hagas. Pero mírame. Aunque te cueste, confía en mí. Tú solo relájate y deja que todo ocurra. Déjame demostrarte que estás equivocada.

—No quiero que hagas esto por pena.

—Maldita sea —cogió mi mano y la puso alrededor de su pene—. ¿Te parece que estoy así por pena, Álex? Llevo así toda la noche y te juro que se me van a poner morados si no me dejas entrar en ti pronto —su mano volvió a tocar mi sexo, acariciándolo con suavidad, desde la entrada a la vagina hasta el clítoris, mojándolo todo con mi excitación—. Y miras cómo estás tú —dijo con voz ronca—. Deja los miedos, preciosa, conmigo no debes tenerlos.

Tragué saliva, emocionada por esas palabras. Pero yo estaba segura de que...

—Oh, joder —gemí cuando sus dedos volvieron a entrar en mí.

—No, no cierres los ojos, mírame —ordenó y lo hice—. Quiero ver cómo se tiñe tu piel cuando la excitación va creciendo —su voz cada vez más ronca, sus dedos entrando y saliendo—. Quiero ver cómo te muerdes el labio para evitar gemir —era justo lo que hacía en ese momento, él soltó el agarre de mis dientes—. No lo escondas —ordenó y lo hice, gemí sin contenerme y qué bien se sentía eso—. Quiero ver cómo te brillan los ojos cuando llegues al orgasmo —gimió, entrando más fuerte en mí, más rápido.

—No voy a...

Me silenció besándome y comenzó a penetrarme con más rapidez. Sus labios magullando los míos y yo comencé a temblar.

—Mírame, preciosa —me pidió de nuevo cuando dejó mi boca libre. Con su pulgar acarició un poco mi clítoris y los temblores se acentuaron, hasta que apretó un poco más fuerte y... —Córrete —me ordenó, mirándome fijamente.

Y lo hice. Lo hice mientras gritaba. Lo hice mientras apretaba las piernas, con sus dedos aún dentro y todo el cuerpo me temblaba.

Nunca, jamás, había sentido algo como eso.

Abrí un poco las piernas cuando quiso sacar sus dedos de mi interior, cogió mi cara entre sus manos y me dio un beso en los labios. Abrí los ojos y lo miré, algo avergonzada.

—No eres ni nunca fuiste tú el problema, preciosa —dijo con satisfacción.

Escondí la cara en su pecho, me sentía tan vulnerable con él...

Me abrazó con fuerza y yo acepté el abrazo, necesitando ese momento como nunca.

—Lo siento —sonaba mortificado, eso me hizo mirarlo rápidamente—. Siento la de veces que he podido hacerte daño, Álex, de verdad que lo siento.

—No hablemos de eso ahora —susurré.

—Prométeme solo una cosa. Mientras estés conmigo en la cama, te quiero libre. No me escondas nada, no temas nada. No te cortes en nada. Aquí no hay nada malo en desear, en pedir o en hacer. No conmigo, ¿lo entiendes?

—¿Eso significa que aún no te aburríste de mí? —sonreí, bromeando.

—Me da que no va a ocurrir por ahora, te aburrirás tú antes —resopló con fastidio, haciéndome reír—. Prométemelo —exigió.

—Lo intentaré.

—Es un buen comienzo —sonrió—. Así que ahora dime qué quieres hacer. ¿Un café? —negué con la cabeza— ¿Seguimos en la cama? —ronroneó y yo afirmé— ¿Para dormir? —volví a negar— Vas por el buen camino —rio—. Ahora dime qué es lo que quieres —dijo con seriedad.

Me armé de valor porque hacer eso me costaba la misma vida.

—A ti.

—Me tienes aquí.

—Dentro de mí.

Una enorme sonrisa se formó en su cara.

—¿Quieres que te folle?

—No me hagas decir eso —gemí.

—Ay, preciosa, lo harás —puso mi mano de nuevo en su pene— o me explotará. Deja la vergüenza, estás conmigo. Solo tienes que pedirlo y lo tendrás.

Como si no lo hubiera intentado muchas veces con James, pero él ni las insinuaciones más explícitas entendía. Y esa palabra no era algo propio de nosotros.

Pero no estaba con James, era Evan quien estaba a mi lado.

—Fóllame —ahí, lo solté, a lo bruto.

—Joder —gimió—. No sabes cómo me pone oírte hablar así —se puso encima de mí, ya protegido y entró con un movimiento.

Y volví a olvidar todo. Volví a olvidar el mundo. Solo existíamos él y yo.

Capítulo 7



Me había pasado todo el maldito día en la oficina sin poder concentrarme en nada. Tampoco me había servido de mucho ducharme, la seguía sintiendo en la piel.

Estaba jodido, esa mujer me había aplastado el cerebro.

Solo tenía ganas de verla y de volver a estar dentro de ella.

Esa mañana, cuando vi el miedo en sus ojos al contarme que creía tener un problema, tuve que contenerme mucho para no levantarme de la cama y llamar al cabrón de mi socio y decirle cuatro verdades. El hijo de puta había dejado que ella creyera que era defectuosa en algún sentido. Si lo llego a tener delante en ese momento, le destrozo su perfecta cara sin pensármelo.

Pero lo que más me jodía era que yo mismo había alimentado, sin saber, ese dolor en ella por cómo la llamaba. Era fuerte, sin duda, porque aguantar algo así mientras se consideraba culpable sin soltar nunca una lágrima... No cualquiera podría.

Me odiaba a mí mismo por lo mal que la había tratado y me juré que no volvería a pasar. No sabía qué era lo que me ocurría con ella, además de esa atracción física y ese instinto protector, pero no me importaba.

Quería tenerla cerca, quería verla reír y quería que saliera de todas esas capas de inseguridades que ella misma se había creado. Quería que volviera a ser la mujer que yo conocí. Alegre, segura, con ganas de comerse el mundo. Quería que dejara de ser la versión pija en la que se había convertido. Porque esa no era ella.

Ahí estaba la respuesta. Por eso la había odiado siempre. Odiaba a Alexa, odiaba esa mujer en quien se convirtió. Pero quien había tenido entre los brazos no era a ella, aunque aún su inseguridad no la dejara mostrarse ante mí.

Conseguiría que lo hiciera.

Me pasé las manos por el pelo, frustrado. Me levanté de la silla, cogí la

chaqueta y me la puse.

—¿Ya se marcha?

Miré a mi secretaria, la misma que la de James.

—Sí, tengo algo que hacer. Quien sea que pregunte por mí, que se espere a mañana.

—Está bien, señor, que pase buena tarde.

—Igualmente, no tardes en irte, tómate la tarde libre.

—Gracias —sonrió.

Nada más montarme en el coche, arranqué, puse el manos libres y la llamé.

—¿Evan? —le extrañaba mi llamada.

Pues debería irse acostumbrando.

Ella seguía pensando que lo que ocurría entre nosotros era algo pasajero. E iba a tener que entender que yo no iba a tratarla a ella como un polvo más. Para mí no era eso.

Ni siquiera sabía lo que era.

Sí que lo sabes, solo que no lo quieres aceptar aún, pensé. Y, como siempre, me maldije a mí mismo.

No, no quería pensar en eso porque... Porque no, ¡joder!

—¿Dónde estás? —pregunté directamente.

—Acabo de terminar la última clase de hoy. Me iba a tomar un café antes de volver a casa, ¿por?

—Bien. Salgo en el coche ahora mismo, tienes tiempo para el café. Te recojo en un rato.

—¿Me recoges para qué?

—Vamos a comer juntos —quisiera ella o no.

—Ah...

—¿Tienes clases esta tarde?

—Esto... No, terminé por hoy, solo algunos exámenes por corregir.

—Bien, ¿dónde te recojo entonces?

—Vengo en mi coche, Evan, puedo ir sola donde sea —dudó.

—Lo dejas allí, ya lo recogerás. ¿Dónde estarás?

—En la cafetería de la universidad.

—OK, nos vemos en un rato.

Colgué la llamada antes de que le diera tiempo a inventarme alguna excusa porque no le iba a aceptar ninguna. La quería ver y lo iba a hacer. Pasaríamos la tarde juntos. Y punto.

Puse la música a todo volumen, me coloqué mis gafas de sol y salí del

aparcamiento. Ya sentía menos ansiedad y estaba seguro de que cuando la viera, se em pasaría del todo.

Media hora después, me di cuenta de que no era como pensaba.

Le mandé un mensaje diciéndole que estaba fuera y unos minutos después, salió de la cafetería. Fue verla y ya estaba empalmado. Maldito poder que estaba ejerciendo esa mujer sobre mí.

Miró alrededor antes de montarse en el coche y sonreí, abrió la puerta del copiloto y se sentó.

Ni tiempo a un hola le di, nada más que cerró la puerta y me miró, corté cualquier saludo o pregunta al coger su cara entre mis manos y besarla duro, dejándole ver que me tenía loco de deseo.

—¿Y eso? —preguntó, descolocada, cuando dejé sus labios.

—Tenía ganas de verte —le di otro beso, más corto, más dulce...

—Ah... —cada vez que decía ese “Ah” me hacía reír, me divertía verla sin palabras— Pero puede vernos alguien, Evan.

—¿Y eso te preocupa?

—Un poco —reconoció.

—¿Por qué? —arranqué el coche y salí del campus.

—Por lo que la gente pueda hablar. Los rumores, ya sabes.

—Me importan una mierda los rumores —me encogí de hombros. A mí, mientras no dijeran nada malo de ella porque podía ahorcar a quien fuera, me daban igual.

—Deberían de preocuparte un poco, por tu profesión.

—No seré peor abogado porque hablen, Álex. Además, ¿qué van a decir?

—Pues no sé, pero yo podría ser la exnovia abandonada en el altar a la que ahora se le ve con el socio y mejor amigo de su exnovio —resopló.

—¿Y? —la miré de reajo y sí, le preocupaba el tema.

—No me gusta ser el centro de atención.

—No tienes por qué serlo, yo no soy famoso, además, no le intereso a nadie. Pero no vamos a escondernos por lo que puedan decir cuatro idiotas, Álex.

—Eso de que no eres famoso está por ver. Bien que se te conoce en el mundo rosa por tus escarceos amorosos.

—¿He notado celos en ese tono de voz? —pregunté bromeando, pero satisfecho con saber que podía sentirse celosa en ese sentido.

—Para nada —dijo muy digna, sacando a Alexa—. Eres bien libre de hacer lo que quieras.

—Me parece que tú y yo tenemos unas cuantas cosas que dejar en claro,

Álex.

—¿Cómo qué?

—Lo haremos después. Antes vamos a por algo de comida, me muero de hambre. Pero primero subes a tu casa y coges algo de ropa.

—¿Para qué?

—Hoy duermes conmigo —dije con tranquilidad.

—¿Estás loco? Ya estuvimos anoche, Evan. No podemos ir tan rápido. Las cosas se nos están yendo de las manos.

—Todo va al ritmo que necesita. Tú coge la ropa y ya.

—No.

—Álex... O la coges o vienes a trabajar mañana con la misma.

—¿Te afectó algo al cerebro? No somos una pareja como para... Joder, ni con James lo hacía.

¿Ni siquiera dormían juntos? Yo alucinaba, pero la satisfacción que eso me produjo no podría ni describirla.

—James no es parte de esto. Somos tú y yo —paré en un semáforo y la miré—. Coge la ropa, si después quieres volver, yo te llevo a tu casa. Pero dame el gusto —le pedí.

Ella dudó, pero cuando puso los ojos en blanco y resopló supe que había ganado.

—Está bien, pero solo por hoy —me advirtió.

—Solo por hoy —mentí. Porque no iba a despegarme de ella así porque sí. Pero ya llegaría el momento en el que lo entendiera.

Una hora más tarde, estábamos en mi casa con un par de pizzas esperándonos en la mesa.

—Llevo todo el camino oliendo el queso, qué hambre —gimió.

Me reí, siempre le había encantado esa pizza. Una lata de refresco para cada uno y esperé a que abriera las cajas de las pizzas y viera su favorita.

—¿Es la de cinco quesos con extra de cheddar? —preguntó con los ojos abiertos como platos.

—Claro, tu favorita.

—¿Y cómo sabes que es mi favorita?

—Llevas años pidiendo la misma, sé más de ti de lo que te imaginas.

—Bueno, imaginar puedo —le dio un mordisco a la pizza, gimió de placer y habló con la boca llena—. Esas cosas te servían después para echármelas en cara —bromeó.

Me reí, parecía una niña disfrutando de algo delicioso. Eso era en ese

momento.

—A ver cómo está... —fui a coger una porción, la iba a poner a prueba a ella.

—No, ¿qué haces? —me quitó la pizza de la mano y me miró con ganas de asesinarme— No puedes comer eso.

—¿Por qué no?

—Sabes que no te sienta demasiado bien el queso, así que tú esa —señaló a la que había pedido sin queso.

Así que yo no era el único que sabía más de la cuenta sobre el otro, ¿verdad?

—Hacía años que no comía esto, ¿sabes?

—¿Por qué no?

—La dieta —bufó.

—Joder, Álex, qué dieta ni mierdas, no la necesitas.

—Tenía un vestido de novia en el que entrar —puso los ojos en blanco.

—Pues ya no, así que puedes comer lo que quieras.

—Me voy a poner cerda —rio, cogiendo otra porción.

Y lo hizo, os juro que lo hizo. Se la comió casi entera y terminó desabrochándose el pantalón porque decía que iba a explotar. Lo más alucinante de todo fue ver cómo una simple pizza podía traer de vuelta a la mujer risueña y bromista que yo había conocido años atrás y que, de buenas a primeras, dejó de existir.

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad?

—¿El qué?

—Ponerme eso por delante —señaló a la pizza—. Ahora tendré que esperar horas antes de moverme en vez de salir rodando.

—No tienes que moverte para nada —me levanté y la cogí en brazos—, ya me encargo yo de todo.

—¿Pero adónde vas? Si apenas comiste nada —se aferró a mi cuello.

—Precisamente a comerme lo que me apetece —le guiñé un ojo y subí con ella los escalones hasta mi dormitorio. La dejé en la cama y me senté a horcajadas sobre sus caderas, era momento de empezar a desnudarla.

—Evan, acabamos de comer...

—Antes de comer, después de comer. Recién duchada, sudorosa... Me da igual cómo estés, Álex, porque cuando te quiera follar, lo haré y punto.

—Un poco presuntuoso de tu parte, ¿no crees? ¿Mi opinión no vale?

—Siempre. Tú eres quien decide. Pero aún no me has dicho que no... —dejé sus pechos al aire y acaricié sus pezones con los dedos.

—Porque juegas sucio —gimió.

—¿En serio? —sonreí, con voz sugerente.

—No me dejas pensar cuando me tocas, Evan —suspiró.

—Entonces tendré que tocarte más a menudo, preciosa —me quité la corbata lentamente y me puse sobre ella, la corbata aún entre mis dedos—. No quiero que pienses, solo que disfrutes —le di un dulce beso y acallé su protesta—. Solo quiero que sientas —cogí su labio inferior con mis dientes y lo mordí, estirándolo un poco—. Solo quiero que tu cara me muestre placer —agarré uno de sus pechos y lo apreté, haciéndola gemir—. Estate quieta —agarré sus muñecas y las até al cabecero de la cama con la corbata.

—¿Qué haces? —intentó deshacerse del agarre.

—Inmovilizarte. Relájate —le di un dulce beso hasta que vi que se relajaba de nuevo.

Comencé a quitarle los zapatos, el pantalón y la ropa interior inferior. La camisa abierta, sus pechos fuera del sujetador. Me levanté de la cama y comencé a desnudarme lentamente.

Iba a conseguir que dejara de pensar todo lo que faltaba de día.

Capítulo 8



Me quedé completamente muda mientras lo veía desabrocharse la camisa. Cuando se la quitó y pude observar su pecho, se me secó la boca.

En mi vida solo había estado con un hombre y, como sabéis, el sexo no era nuestro fuerte. Al principio sí, pero con el tiempo y por mi “frialidad” o mi problema, las cosas eran rápidas. Dos besos, meter y sacar y listo. Y me había culpado por ello durante mucho tiempo, porque sin juegos previos o con ellos, yo no lograba tener un orgasmo.

Sin embargo, con Evan, parecía ser que las cosas no sucedían igual. Las pocas veces que me había tocado, me había llevado más allá del límite.

Se quitó el pantalón y con el bóxer puesto, se tumbó a mi lado.

—¿Cómo te fue en el trabajo? —me preguntó de repente. Sus dedos comenzaron a acariciar mis pechos, pero lentamente.

—¿Qué? —¿cómo iba a centrarme con él así?

—Que cómo te fueron las clases. ¿Todo bien? —no me miraba, estaba pendiente al movimiento de sus dedos sobre mi cuerpo.

—Sí... ¿Por qué?

—Curiosidad...

—Ah... —una sonrisa torcida se formó en su cara— ¿Y a ti... cómo te fue? —había bajado la mano hasta mi estómago y levanté las caderas, esperando que llegara adonde lo quería.

—Un día largo, estaba deseando verte.

—Me viste esta mañana.

—Me quedé con ganas de más.

Su mano siguió bajando y se paró en mi sexo, dejándola ahí, quieta. Levantó la mirada, el deseo en sus ojos.

—Evan... —mi voz sonó a súplica, levanté las caderas, pidiéndole lo que quería.

—Dime, preciosa —se hacía el tonto, seguro.

—Ya sabes lo que quiero.

—No, no lo sé —sonrió—. Hay varias cosas que puedes querer. Si no me lo pides... —bajó su boca hasta mis pechos y los lamió —Puedes querer un poco de juego con ellos —su mano se apretó en mi sexo, abriéndolo con los dedos para meter dos de ellos dentro.

—Oh, Dios... Eso sí.

—O quizás te apetezca otro tipo de juego... —sacó los dedos de mi sexo, se los llevó a su boca y los lamió.

Me habría caído de bruces si me hace eso estando de pie. Era lo más sexy que había visto en la vida. Imaginar su boca ahí... ¿Desde cuándo no tenía sexo oral?

Sus dedos volvieron a tocar mi sexo, a entrar en mí, pero esa vez para sacarlos y meterlos en mi boca.

—Joder —gimió al verme chupándolos, igual que lo había hecho él—. Tengo ganas de metértela entera en la boca.

Bien, en eso sí era un poco más experta, la mayoría de las veces el sexo era para aliviar a James porque yo no era capaz de llegar a excitarme, así que tenía práctica con ello.

—Desátame, Evan —me moví, intentando desatarme. Quería tocarlo.

—No —se colocó a horcajadas sobre mí—. No hasta que consiga lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres?

Se agachó un poco y me dio un beso antes de susurrar en mis labios.

—Que me digas lo que quieres —puse los ojos en blanco, a veces era para partirle la cabeza.

—¿No es evidente?

—No.

—Quieres hacerme perder la paciencia —fruncí el ceño.

—Sí —sonrió—. Porque solo así sacas a la Álex que quiero.

—Evan...

Evan me ignoraba, metió la mano en su bóxer y sacó su pene. Joder... Eso era lo que quería.

—Dime lo que quieres y lo tendrás.

Perdí la paciencia porque iba a explotar allí mismo. Así que dejé a un lado la mojigata que mostraba y saqué a esa mujer que no mucha gente conocía. La que no tenía miedo ni inseguridades y la que no iba a cortarse en pedir que quería

placer. Como había hecho en el pasado, hasta que yo misma la escondí para adaptarme a alguien que, al final, se rio de mí.

Evan se agachó, nuestras caras muy cerca, su respiración acelerada excitándome más.

—Quiero correrme en tu boca —dije sin mirarlo a los ojos— y quiero que te corras en la mía.

Su sonrisa iluminó la habitación.

—Esa es mi chica.

Su chica... Sí, en la cama, Álex era su chica. Al menos él conseguía sacarla, aun en contra de mí misma.

—Desátame —le ordené.

Elevó sus cejas, pero la sonrisa torcida me decía que le gustaba que me comportara así. Sin ser pasiva. Sin ser sumisa. Sin miedo a nada cuando de sexo con él se trataba.

Evan lo hizo, dejó mis manos libres y entonces tiré de él, haciendo que cayera sobre mí y besándolo con toda la ansiedad y la necesidad que sentía en ese momento.

—Te deseo, Álex —gimió sobre mis labios—. Te deseo tanto que no veía la hora de tenerte otra vez así.

Me había demostrado lo que me deseaba. Ahora era mi turno de hacerlo. Empujé su hombro y lo hice tumbarse sobre su espalda. Y entonces fui yo quien se sentó a horcajadas sobre él. Cogí la corbata y, para su sorpresa, lo até.

—Aprendes rápido, pequeña —rio.

—Hoy es mi turno —le di un beso en los labios y comencé a bajar por su cuello, lamiéndolo, mordiéndolo, disfrutando de cómo su cuerpo se estremecía. Aún no podía creerme que fuera yo quien tuviera ese efecto sobre él.

Lamí su pecho, sus pezones y seguí bajando hasta pararme donde sus caderas me decían que me querían.

Cogí su pene con la mano y lo apreté un poco, haciéndolo gemir roncamente.

—No juegues mucho, Álex, porque no voy a poder aguantar.

Eso me hizo sonreír, tenerlo en ese estado me hacía sentir poderosa. Era otra mujer cuando estaba con ese hombre en la cama. Era yo, me sentía libre.

Lo lamí, de abajo a arriba. El gemido ronco no lo dejaba pronunciar nada entendible. Y era lo que quería, que se deshiciera conmigo, como a mí me había ocurrido con él.

Me la metí entera y comencé a jugar. A desesperarlo mientras con la ayuda de mi mano intentaba que explotara en mi boca. Tenía aguante, así que me

tocaba usar algún pequeño truco para acelerar el proceso.

—Álex, o paras o me corro —dijo preocupado.

Era lo que quería, su semen en mi boca. Apreté un poco más y lamí en el punto exacto que sabía que lo haría explotar, en ese momento sentí sus manos sobre mi cabeza, apretándome contra él mientras levantaba sus caderas. Y así fue como me llenó de él mientras yo lo succionaba hasta dejarlo sin nada.

Me tragué todo y saqué su pene de mi boca. Me cogió por las axilas y me levantó, tumbándome encima de él. Con su pulgar, limpió mi labio, quitándome algún resto. Cogí su dedo y me lo metí en la boca.

Gimió.

—No vas a salir de esta cama en horas, pequeña —dijo muy serio.

Sonreí, tampoco es que tuviera ganas de hacerlo.

Capítulo 9



Después de una cena rápida y una ducha, Álex y yo caímos rendidos en la cama. Estaba sobre mi pecho, acariciándolo distraídamente, sin hablar.

—¿Por qué viniste a buscarme ese día?

Suspiré. Sabía que tenía que preguntármelo.

—No lo sé —esa era la verdad—. En ese momento no pensé. Solo actué por instinto. Imaginé que estarías mal y aunque no sabía por qué, tenía que verte. No te miento, Álex.

—Y nunca lo hagas, por favor.

—No lo haré.

—¿Y lo sabes ahora? —levantó la cabeza de mi pecho y me miró a los ojos.

—¿El qué?

—Por qué viniste a buscarme.

—Supongo que porque me importabas más de lo que yo mismo quería admitir —esa era la verdad, pero hasta qué grado ni yo mismo lo sabía.

—Yo tampoco llego a entender cómo hemos llegado a esto.

—No me interesa entenderlo, Álex, pero sí necesito que tú entiendas algunas cosas.

—¿Cómo qué? —frunció el ceño y yo le di con el dedo, hasta que volvió a relajar sus facciones. No me gustaba verla mal ni preocupada.

—No eres un pasatiempo para mí —dije con seriedad—. Me jode mucho pensar que crees eso. Y yo no pienso, mientras estoy contigo, en nadie más.

—Pero eso suena como si tuviéramos una relación, Evan.

—Puede ser... No te pido nada, Álex y sé que aún no estás preparada. Pero mientras me dejes en tu vida, ten por seguro que la exclusividad es algo que tendrás y espero tenerla también.

—¿El mayor mujeriego de la ciudad me está diciendo eso? —abrió los ojos como platos, pero el tono juguetón estaba en su voz, tal vez para quitarle

importancia al tema.

—No te creas todos los rumores —suspiré.

—Eres un mujeriego, Álex. Desde que te conozco, te he visto con una mujer a la semana, incluso con dos. Nunca has durado con ninguna, es tu naturaleza.

—Tal vez lo era porque la mujer que quería no podía tenerla.

Ya está, ya lo había soltado.

—No puedes estar hablando en serio. Me has odiado toda la vida.

—Sí, odié a la mujer en la que te convertiste. Siempre tan perfecta, tan pija... Dejaste de ser esa loca que llegó con ganas de todo, que se reía de todo. Desde ese día que besaste a James, ya no volviste a ser la misma. Y te he odiado cada día de estos años por ello.

—¿Por eso nunca me llamas Alexa?

—Alexa no es tu nombre —resoplé—. Alexa es una pija insoportable. Alexa es una mujer insegura que solo intentaba agradar al hombre que iba a ser su marido porque pensaba que ella no era suficiente.

Iba a llorar por lo que le estaba diciendo, sabía que para ella era algo duro.

—No te lo digo por hacerte daño —dije atormentado, limpiando la lágrima que resbaló por su mejilla.

—Lo sé y sé que es verdad. Igual que te convertiste en un gilipollas.

—En mucho más.

—Pero no puedes hacerme creer que en dos días los dos hemos cambiado, Evan. Ni yo puedo ser quien echas de menos, porque esa mujer lleva años encerrada, ni tú puedes convertirte en alguien fiel a una sola persona.

—¿Por qué no?

—Porque no. Además, nos hemos hecho bastante daño y el sexo no lo arregla todo.

—Entonces arreglémoslo como sea. Pero no me pidas que me aleje de ti porque no puedo. Ni quiero hacerlo. Ya lo hice una vez, no lo haré dos.

—¿Cuándo?

—El día que besaste a James. Él no sabía que yo iba a pedirte salir, pero le pedí que fuera más tarde a la cafetería donde solíamos quedar; hizo lo contrario. Apareció antes y cuando os vi... Te odié y te estoy odiando desde entonces.

—Pero yo no sabía...

—No habría cambiado nada. Fui yo quien no entendió bien las cosas, pensando que podía gustarte. Pero quien te gustaba era él. Lo acepté, pero no podía soportar veros juntos y ni yo mismo quería reconocer por qué.

—Tenías que haberme dicho algo, Evan.

—No, elegiste. Y ahora la vida nos ha acercado a los dos. Lo único que quiero es poder tener la oportunidad que nunca tuve.

—¿Me estás pidiendo algo más serio?

—No. Sé que no estás preparada. Pero sí lo quiero. Y estaré aquí, esperaré hasta que me lo des. Te demostraré que puedes confiar en mí y que no voy a fallarte. Que eres importante para mí, no una más. Que conmigo puedes ser libre, que no necesitas interpretar ningún papel porque no te voy a juzgar.

—A esa mujer que tanto pides que deje salir no la conoces, Evan. Quizás, cuando lo hagas, te decepcionas.

Reí y negué con la cabeza.

—Eso no va a pasar, porque la conozco mejor de lo que se conoce a ella misma.

—Estás esperando un ideal que te formaste en tu mente. Estás esperando a alguien que dejó de existir hace muchos años y que puede estar más que enterrada.

—No, preciosa —le di un beso en los labios—. La tengo ahora mismo entre los brazos. Es esta que me habla con tranquilidad, con sinceridad. Es esa mujer que hace un rato decía que quería que me corriera en su boca. Es esa mujer que aún con el miedo al qué dirán, se montó en mi coche esta mañana. Es esa mujer que se come la pizza entera sin pensar en nada más —le di otro beso—. Eres tú, solo que sintiéndote libre. Sin presiones. Sin miedos. Sin máscara que la oculte y sin muros que ponga para evitar el dolor, porque no le importa contarme, llorando, que cree tener un problema y que tiene miedo por ello. Esa eres tú, Álex y lo sabes tan bien como lo sé yo.

Limpié las lágrimas que corrían por sus mejillas y la besé de nuevo.

—Esa mujer también tiene sus cosas malas —dijo entre lágrimas.

—Supongo que sí —sonreí.

—Es un poco patosa.

—Yo diría que mucho. Recuerdo la vez que se levantó antes de insultarme y le dio con el puño a la bandeja que traía el camarero, la que lio en el pub —solté una carcajada, acordándome de ello.

—Qué mal lo pasé —gimió—. Además, estuviste meses usando eso en mi contra —me acusó, pero rio—. Esa mujer también es un poco mal hablada —continuó.

—Me alegro, no me van las pijas.

—Siempre te follabas a las pijas —frunció el ceño.

—Porque solo servían para pasar el rato —puse los ojos en blanco—. ¿Algún

defecto más de esa mujer que deba conocer?

—Creo que sí...

—Uy, ese tono... —y cuando se mordió el labio, ya me tenía de nuevo excitado.

—A esa mujer le encanta follar —soltó así, a bocajarro—. Contigo —aclaró.
Y ahí quien gemí fui yo porque joder, cómo deseaba a esa mujer.

Capítulo 10



Viernes, por fin terminaba la semana.

No había pasado un día en el que no durmiera con Evan. Las cosas entre los dos iban demasiado rápido y yo no sabía cómo ponerle freno. Ni siquiera sabía si quería hacerlo.

Disfrutaba con él. Me sentía diferente cuando estaba con él y hacía mucho que no tenía esa sensación de libertad y de poder ser yo misma.

Habíamos quedado esa noche para salir a cenar. No habíamos estado nunca en público juntos, más que nada por mi miedo al “qué dirán”. Pero ya me iba dando todo un poco igual.

No es que Evan y yo tuviéramos una relación. Yo estaba herida, necesitaba tiempo para recomponerme y él tenía que demostrarme que yo no era un pasatiempo más antes de arriesgar, de nuevo, mi corazón.

Llegué a casa a media mañana, las últimas clases se habían suspendido por huelgas de los alumnos, así que aproveché para limpiar un poco y para hablar con mi hermana. Hacía días que no sabía de ella y no había respondido a ninguno de sus mensajes. Debía de estar muy preocupada y lo raro era que no se hubiera presentado ya en la puerta de mi casa. Me senté con mi taza de café en las manos y la llamé.

—Hombre, pero si es la desvergonzada de mi hermana que aparece, a la que no le importa si los demás no dormimos por estar malditamente preocupados por ella! —ese fue su saludo al descolgarme la llamada.

Me reí, era una dramas de primera.

—Estoy bien y tampoco llevamos tantos días sin hablar.

—No te ahorco porque no te tengo enfrente —resopló—. Me tenías preocupada, Álex, después de lo que pasó, ¿crees que puedes desaparecer así?

—Lo siento, es que ni tiempo tuve.

—Pues no será porque estuviste follando que ni a un mensaje has podido

responder —dijo con ironía y mofándose de mí.

Empecé a toser. Maldita fuera, un poco más y me atraganto con el café. A lo tonto, había dado en el clavo. Dejé la taza en la mesa y me puse a toser hasta casi morirme.

—¿Álex? —mierda, ese tono de voz, con ese retintín... No me iba a gustar nada lo que me iba a decir después.

—Estoy bien, ¿cómo estáis vosotros? —me salió la voz estrangulada, porque joder, es que casi me ahogo por su culpa.

—¿Has follado? —no sabía si mandarla a la mierda por ser tan bruta, por atreverse a preguntar eso o porque la pregunta la hiciera con tanta incredulidad.

—¿Qué tendría de extraño?

—Pues hombre, mucho —soltó una carcajada.

—No me serviría follar, soy frígida, recuerdas —dije con ironía.

—Y una mierda eres frígida. Eso te lo has creído tú, yo estoy cansada de decirte que el problema lo tienes con él.

—Pareces Evan hablando —se me escapó y maldije mentalmente por haber dicho eso, ¿por qué no podía mantener la boca cerrada cuando debía?

—Oh, Dios mío... Dime qué es lo que estoy pensando.

—Con tu mente enferma, a saber qué es lo que estás pensando —puse los ojos en blanco.

—Lo has llamado Evan.

—Se llama Evan.

—No gilipollas. O bruto de los demonios. O cualquier cosa de esas.

—Bueno, a lo mejor no es tan gilipollas...

—Y te besó —resoplé, estaba más que claro, desde el principio, que se lo había imaginado—. Dime, por el amor de Dios, que por una vez en la vida me has hecho caso y que ¡te lo has tirado! ¡He ganado la apuesta!

Otra vez con la dichosa y desconocida apuesta.

—¿Tienes que gritar para que se entere toda la manzana?

—¡Claro que sí! El hombre de mis sueños, mi fantasía prohibida, por Dios, ¡te lo has tirado!

—Solo dos o tres veces. Pero fue sin querer.

La carcajada de mi hermana no sólo se escuchó en su manzana, sino que llegó a Manhattan, os lo aseguro.

—Eres la puta ama, Álex. Dios, dime cómo es ese rey del sexo.

Pues eso, un rey del sexo, pensé.

—¿Me estás hablando en serio? No voy a compartir eso contigo.

—Y una mierda que no —lo dicho, que parecía Evan en mujer—. Venga, fuera bromas, ¿te gustó? ¿Te sentiste bien?

Suspiré.

—Es extraño, ¿sabes?

—Hombre, debe de serlo, es un Dios.

—¿Quieres dejarme hablar o me callo? —me estaba sacando de mis casillas. Además, no me sentaba nada bien que mi hermana pensara en ese hombre cuando... Joder, qué asco, se podía haber guardado eso para ella.

—Me callo, me callo. Y no es por el morbo, Álex, es porque me preocupo por ti, por tu bienestar.

—Claro que sí —me tuve que reír, volvió a sonar dramática—. No sé cómo ocurrió. Solo que ocurrió y...

—¿Y no fue bien?

—El problema es que fue demasiado bien. Todas las veces han ido demasiado bien y eso es lo que no entiendo.

—Tampoco es muy difícil de entender, Álex.

—Pues a mí no me entra en la cabeza. Odio a ese hombre o pensaba que lo hacía y ¿ahora me estoy acostando con él? —negué con la cabeza— Le conté mi problema, ¿sabes?

—Dime que no hiciste eso —bufó.

—Claro que lo hice, tenía que saberlo.

—Tú eres idiota, no tienes ningún problema.

—Eso dijo él —suspiré .Y se aseguró bien de demostrármelo.

—Es el puto amo —dijo con admiración—. ¿Qué hay entre vosotros, Álex? Y no intentes mentirme, te conozco demasiado bien.

—No lo sé... Del odio hemos pasado al sexo. A vernos a diario, hemos pasado cada noche juntos porque no entendió un no desde el primer momento. Ninguno sabemos qué pasa, él solo dice que quiere intentarlo y demostrarme que no soy un pasatiempo para él.

—Lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Se sabía desde el principio, desde el primer día que lo vi. Ese hombre no te ha odiado nunca, siempre ha estado enamorado de ti. Pero eras demasiado tonta para verlo.

—No es verdad.

—Tan verdad como que a ti te pasa lo mismo con él. De ahí ese odio que decís teneros. Solo rabia y frustración por no estar el uno con el otro.

—Yo quiero... Quería a James.

—En fin... Algún día te darás cuenta de las cosas, cuando te des de bruces con todo. Pero eso no me importa ahora, sino saber que estás bien.

—Estoy bien. Recuperándome, con miedo con lo que pasa con Evan, pero estoy bien.

—No tengas miedo, Álex, solo no te cierres a él.

—Como si me dejara hacerlo —resoplé y sonreí, recordando esos momentos en los que se ponía mandón y no me dejaba rechistar.

—¿Entonces no hay más detalles?

—No, pesada —reí—. Ni siquiera tenía que haberte contado nada, no hay nada, es solo sexo y ya.

—Sí. Sí... Dímelo en unos meses. Por ahora me conformo con que te esté ayudando después de lo que te hizo el otro desgraciado. Y espero que no seas tan tonta para dejarlo escapar. Porque ahí sí que cojo un vuelo y te arrastro por los pelos.

—Yo también te quiero, hermana —reí antes de colgar la llamada.

Muy claras tenía ella las cosas, pero yo, desde luego no.

Y todo iba muy bien en ese momento, pero no imaginábamos que las cosas podían cambiar de un momento para otro.

Capítulo 11



—Buenos días —saludé a mi secretaria al llegar a la oficina.

Me había despedido de Álex cuando se marchó para la universidad esa mañana y quedamos en vernos esa noche para salir. No me había costado demasiado convencerla, parecía que ya le iba importando un poco menos lo que pudiera pensar o decir los cuatro gilipollas de turno.

Me sentía cada vez mejor con ella. Estaba más desinhibida, más natural, más libre, más risueña. Más feliz. Y eso era lo único que me importaba, verla con esa sonrisa, verla hablar de lo que fuera sin miedo, ver que, por fin, dejaba los miedos a un lado y era, simplemente, ella. Sin ninguna máscara que ponerse para aparentar ser otra persona.

—Buenos días, señor Parker, el señor Marshall llegó hace un rato.

Me detuve con la mano en el picaporte de la puerta de mi despacho.

—¿Qué has dicho? —pregunté intentando sonar calmado, mirándola de nuevo.

—Que el señor Marshall está en su oficina, ya llegó.

Apreté la mandíbula, más me valía encerrarme en mi despacho y no encontrármelo.

Abrí la puerta y...

—Evan.

Maldito fuera. Me giré y ahí estaba él, en la puerta de su oficina, con las manos en los bolsillos y mirándome.

—James...

—¿Podemos hablar, por favor?

La secretaria nos miraba al uno y al otro, la tensión debía de sentirse en el ambiente.

No era momento de hablar, porque yo no quería hablar, yo quería partirle esa cara de niño bueno por todo el daño que le había hecho a Álex. Y joder, me tenía

que contener.

—Estoy muy ocupado hoy.

—Evan, tendremos que hacerlo tarde o temprano, cuanto antes, mejor. ¿No te parece?

Sí que me parecía si en ese cuanto antes iba implícito el romperle la nariz. Apreté la mandíbula y llené mis pulmones de aire. Ya imaginaría, en el gimnasio, que era a él a quien golpeaba en vez de al saco de boxeo.

Entré en su oficina y me quedé esperando a que hablara. Mis manos cerradas en puños, la ira que sentía era enorme.

—¿Sabes algo de Alexa?

—¿A mí me lo preguntas? Llámala a ella.

—Lo hice un par de días y no me ha respondido —se sentó en su sillón, yo me quedé de pie, intentando respirar.

Qué tranquilo se veía, como el que no había hecho nada malo.

—Pues sigue probando suerte —yo sabía de más que no había hablado con él, me lo habría contado.

¿Por qué estás tan enfadado conmigo? No lo entiendo, Evan.

—¿No lo entiendes? ¿De verdad no lo entiendes?

—No —dijo con seriedad—. No sé por qué te ofuscas tanto con lo que pasó. Vale que siempre te haya gustado defender a las almas heridas, pero ¿te enfadas conmigo por ella? La odias, no sé si te acuerdas de eso.

—Estaría así se lo hubieras hecho a ella o a otra. Eres un cretino, James. Has jugado con los sentimientos de una persona.

—Solo tenía que saber si estaba dando el paso correcto, un matrimonio no es algo que tomarse a la ligera.

—No creo que después de los años que lleváis, a la ligera sea precisamente como debas explicarlo. ¿Por qué has vuelto tan rápido?

—Ella ya se enteró, no tenía sentido seguir estando lejos.

—¿Y a qué vienes ahora? ¿A buscarla? ¿A pedirte que te perdone?

—¿Y a ti que te importa eso?

Pues mucho, mucho más de lo que él se podía imaginar.

—Arregla tus mierdas pero no arrastres a los demás.

—No creo que esto te incumba a ti como para que tengas esa actitud conmigo.

Ah, pero claro que me incumbía, solo que a él no le iba a explicar que estaba con la mujer a la que había engañado. Claro que me incumbía, llevaba años pensando que tenía un problema cuando el maldito problema en la cama era él.

Claro que me incumbía cuando el daño se lo había hecho a la única mujer que me había importado nunca. Porque ya era hora de reconocerlo, mi odio hacia ella solo era por no poder tenerla. Pero a él no se lo iba a decir.

—No soporto verte, no podría...

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

Sí, lo sabía y estaba claro que era lo que él quería.

Eso es lo que quieres, ¿verdad? —él enarcó las cejas. Había trabajado muy duro para llegar donde estaba, pero no me importaba perderlo si, con ello, evitaba verlo— Prepara el contrato de compraventa, el lunes lo firmaré.

—Eso sí que me hace feliz.

—¿Volviste a por ella o siempre ha sido la empresa?

—La empresa la quiero desde hace mucho. Por ella no... No aún. Pero sí me gustaría verla. Le tengo cariño, la quiero, no me gustaría verla sufrir.

—Haberlo pensado antes de todo el daño que le hiciste.

Y más le valía no acercarse a ella estando yo cerca porque ahí sí convertiría su cabeza en un saco de boxeo.

—¿Sabes algo de ella? ¿La has visto?

Y una mierda iba a contestar a nada de eso.

—Solo vine por unos papeles, tengo mucho trabajo fuera del despacho. Espero que te siga yendo bien con la pelirroja. Nos vemos el lunes.

—Es viernes, Evan, salgamos a tomar algo como siempre —cómo podía ser tan cínico.

Estaba abriendo la puerta, me giré y lo miré.

—Tengo planes y ten por seguro que no tengo la mínima gana de pasar tiempo contigo. Que folles bien con la pelirroja —cerré de un portazo y me largué de la oficina.

Necesitaba aire y necesitaba golpear algo.

No me iba a temblar el pulso por venderle mi parte de la empresa, es más, ya lo había hasta pensado porque cualquier día iba a destrozarle la cara.

Haría lo que fuera por no permanecer cerca de él y, sobre todo, porque Álex no tuviera que verlo.

Era bueno en mi profesión, conseguiría remontar. Tenía dinero, podía tener mi propio bufete. Mis clientes eran fieles a mí, me iría mejor que bien, de eso estaba seguro.

Salí de allí y fui en busca de Álex, necesitaba verla, necesitaba olvidar toda esa rabia que tenía dentro. Y solo ella podía ayudarme.

No le contaría nada por ahora, ni que James volvió ni que iba a vender mi

parte del negocio. Demasiado había pasado ella. Ese fin de semana era nuestro.
Solo de los dos.

Capítulo 12



—Hola —sonreí cuando le abrí la puerta, venía guapísimo, con un vaquero roto y una camisa negra abierta por arriba, pero fruncí el ceño cuando entró—. ¿Qué te pasa, Evan? ¿Estás bien?

—No tuve un buen día.

—¿Qué ha pasado?

—Nada importante —cogió mi cara entre sus manos y me besó con desesperación.

—Vaya... —suspiré al terminar el beso, él había agarrado su cintura y me había pegado a su cuerpo.

—Estás preciosa.

—Gracias... —lo observé unos segundos, no me gustaba nada su mirada— Evan... —lo cogí de la mano y lo senté en el sofá— Dime qué te ocurre.

—Nada, cosas del trabajo —no era cierto, me estaba mintiendo.

—Puedes confiar en mí.

—Lo sé.

—Si puedo ayudarte en algo...

—Estás a mi lado, con eso es más que suficiente —dijo con ternura. Suspiró y apoyó la cabeza en el sofá, cerrando los ojos.

Levanté mi falda, me senté a horcajadas sobre él y me miró rápidamente.

—Ya que no me quieres decir qué es lo que te pasa... —comencé a desabrochar los botones de su camisa— Al menos intentaré mejorar tu humor —sonreí con picardía.

Él me miraba fijamente, con los ojos encendidos por el deseo. Agarró mi trasero y me apretó con fuerza contra su erección. Me moví, sinuosamente, refregándome con él, haciéndonos gemir a los dos.

Era de las pocas veces en las que yo tomaba la iniciativa, con James ni lo hacía, sabía qué ocurriría. Pero con Evan sabía de más que fuera en el momento

que fuera, él estaría ahí para mí, dispuesto a darme lo que necesitaba.

Aunque en ese momento yo lo hacía por él. Y porque con ese simple movimiento de su pelvis ya me había excitado más de la cuenta.

—No necesitas hacer esto, preciosa.

Con su camisa desabrochada y su pecho para mí, lo acaricié.

—Pero tú sí y yo quiero dártelo.

Levanté un poco mi trasero y desabroché su pantalón, sacando su pene. Desplacé mi ropa interior e hice que estuviera dentro de mí en un segundo. Estaba mojada y lista y él también.

—Álex, no me puse...

—Tomo la píldora y estoy sana, me revisé hace un par de semanas.

—Yo nunca lo hice así —dijo mirándome con seriedad—, nunca sin protección.

—¿De verdad? afirmó con la cabeza— Y joder, cómo se siente —gimió, terminó de levantar mi falda y metió las manos por dentro de la ropa interior para tocar mi trasero—. Enséñamelas —ordenó con la voz estrangulada cuando yo subí y volví a bajar.

Abrí mi camisa, me la quité e hizo lo mismo con el sujetador. Su boca fue directamente a devorar mis pechos. Me agarré a su pelo, apretándolo aún más contra mí. Quería que me mordiera, quería que se desatara. Sus manos agarraban mi trasero y me hacían moverme al ritmo que él quería.

—Evan...

Levantó la cabeza y me miró a los ojos, el deseo crudo en ellos.

—Te deseo, Álex.

—Y yo a ti —sonreí y le di un beso en los labios a la vez que me quedaba quieta, con él dentro—. Pero esta vez déjame a mi ritmo —le guiñé un ojo.

—Si hago eso me torturarás —resopló.

Me reí, torturarlo, para él, era ir despacio.

—Me portaré bien —prometí, pero era mentira, iba a ir muy, muy despacio. Iba a llevarlo al límite así.

Él sacó las manos y las colocó a cada lado del sofá, lamí su labio y lo besé mientras comenzaba a moverme lentamente, muy muy despacio. Notando cómo entraba en mí, excitándonos a los dos.

—Álex... Un poco más fuerte —dijo sin aire.

—No —seguí moviéndome más lento aún, me estaba dando un placer increíble, cogí sus manos y las puse en mis pechos. Los apretó y volví a besarlo, torturándolo con mis movimientos.

—Te voy a tumbar y te voy a follar bien —me advirtió.

Me quedé completamente quieta y esperé a que me mirara a los ojos.

—No estoy follándote, Evan —susurré.

Y esperé a que entendiera lo que quería decir. Eso no era solo sexo para mí. Era más. Era la necesidad de hacerlo sentir mejor. Era un sentimiento que me nacía de verlo bien y usaba el sexo solo como herramienta para ello.

Vi el momento exacto en que lo entendió. En el dejó caer sus manos y susurró:

—Soy tuyo...

Sí, lo era. Al menos ese día también lo era. Comencé a moverme, de nuevo con lentitud y volví a besarlo. Le estaba dando el cariño que necesitaba en ese momento y que él solía enmascarar con el sexo por no pedir ayuda. Pero yo ya lo iba conociendo.

Llegó un momento en el que sentí mis piernas temblar y supe que mi orgasmo estaba llegando.

—Evan... —gemí. Lo besé con fuerza y me moví con más rapidez para alcanzarlo, haciendo que se corriera dentro de mí.

Caí sobre su pecho y dejé que me abrazara, me dio un beso en la cabeza y se quedó en silencio. Solo así, sujetándome, mientras los temblores desaparecían de mi cuerpo.

—Gracias... —susurró.

Lo miré, lo besé y sonreí.

—Agradécemelo con una buena cena —le guiñé un ojo.

—Había reservado en un italiano.

—Perfecto.

—Y después en irnos a tomar algo.

—Bien... —besé su cuello.

—Pero si no dejas de hacer eso, no vamos a salir de aquí en toda la noche.

—Tampoco es algo que me importe —susurré en su oído antes de lamer su oreja.

—Joder, Álex, ahora sí que no me podrás frenar.

En milésimas de segundos estaba tumbada en el sofá con él encima de mí.

—No tengo intención ninguna de frenarte —reí.

Y dejé de hacerlo cuando sus dedos entraron en mí sin previo aviso. Ahí estaba Evan, dispuesto otra vez. Y yo solo quería volver a sentirlo dentro de mí.

Cuando salimos para cenar, ya era demasiado tarde. Así que nos quedamos paseando por el centro de la ciudad y comiendo un par de perritos calientes.

—¿Cuánto tiempo hace que no comes eso? —preguntó Evan.

—Ya ni lo recuerdo —reí.

—La última vez que yo te vi hacerlo fue en la universidad. Te metiste la salchicha entera en la boca mientras hacías la payasa y acabaste echando la primera papilla.

—¿Te acuerdas de eso? —me reí a carcajadas— Estaba como una cabra, menos mal que después me enmendé un poco.

—No, me gustabas así de loca, no tenías nada que enmendar —dijo muy serio.

—Es que eso de las salchichas era algo que hacía con mi padre y con mi hermana. Hacíamos competiciones de quién se la comía más rápido y yo me pasé días intentando tragármela de una. No sé cómo no morí ahogada.

—Al menos te sirvió para saber cómo meterte bien otro tipo de salchicha.

—Evan, no seas cerdo —me quejé, escandalizada, pero riéndome—. Desde ese día que comentaste, creo que no he vuelto a comerme una salchicha. No en esta ciudad, pero he seguido compitiendo con mi padre y con mi hermana las veces que he ido sola a verlos.

—Supongo que cuando no iba James.

—James veía una salchicha y me la quitaba de en medio. Recuerda que a quien le vomité fue a él —otra carcajada mientras revivía esos momentos.

—Me costó la vida esa vez no reírme.

—¿Pues sabes qué es lo que hacía mi hermana cada vez que iba allí con James?

—Miedo me da de esa loca —rio.

—Ponía salchichas para cenar.

Me tuve que sentar en un banco, no podía dejar de reír.

—No sé por qué no me extraña que hiciera algo así.

—Ya sabes cómo es, siempre andaba fastidiándolo.

—¿No era santo de su devoción?

—Para nada, a ella solo le gustabas tú.

—A mí también me ha caído bien siempre. Sobre todo porque conseguía sacar lo mejor de ti, eso que querías esconder.

—Ya, bueno... Quizás no te gustaría tanto si te dijera que eres el dueño de sus fantasías secretas —le saqué la lengua.

—Álex, hay cosas que no necesito saber —rio—. Además, mientras lo sea de las tuyas —acercó nuestros cuerpos y me besó—, me doy por satisfecho.

—Eso que has dicho es muy romántico, ¿eh?

—También tú sacas cosas de mí que creía no tener —me guiñó un ojo—. ¿Te quedaste con hambre?

—No, estoy llena.

—Entonces nada —se levantó, cogió mi mano y tiró de mí, caminamos con nuestras manos entrelazadas—. Porque mira qué hay ahí.

Miré hacia donde me señaló y gemí del placer.

—Voy a acabar como una vaca, Evan —se em caía la baba viendo la heladería abierta.

—Después una buena sesión de sexo y lo has quemado todo. ¿Qué me dices? ¿Un batido helado de chocolate o una granizada de limón?

Eran las dos cosas que me gustaban y se las sabía muy bien.

—¿Pero de verdad quemaremos las calorías después? —pregunté como preocupada.

Evan dejó de andar, me cogió por la cintura y me pegó a su cuerpo.

—Si quieres las podemos quemar ahora y volver después, comernos el helado y volver a quemarlas —lamió mi labio inferior.

—¿Cómo tienes energía para tanto? —no era normal en un hombre, o eso era lo que yo creía.

—Porque eres tú la que está conmigo. Solo con pensar en ti ya se me levanta —resopló.

—¿Y qué ocurre cuando estamos tan cerca?

Cogió mi mano y la puso entre nuestros cuerpos, para que cogiera su erección.

—¿Te ha quedado claro qué ocurre? —gimió.

Afirmé con la cabeza y quité rápidamente mi mano de allí, nos iban a denunciar por escándalo público.

—Vamos a por ese helado. Tu polla va a tener que esperar —reí.

—Mierda, sabía que dirías eso —dijo como triste, pero la risa estaba en sus ojos—. Vamos a por ese helado.

Y eso es lo que hicimos, hartarnos de azúcar y pasar una velada estupenda.

Siendo, los dos, completamente libres.

Y sin tener idea de que la noche, aún, se nos podía estropear.

Capítulo 13



Para mí era una sensación increíble lo que estaba viviendo con ella. Las risas, el ir de la mano por la calle. Todo eso se sentía tan diferente... No lo había vivido nunca.

A veces pensaba que tenía que haber sido yo quien tenía que haber estado con ella desde el principio, tenía que haberle dicho algo, pero no lo hice y pasé años sin poder tenerla así.

Íbamos hacia su casa y me quedé parado, sin poder moverme cuando lo vi.

—¿Evan?

Miré a Álex, se notaba preocupada. Se paró y se puso frente a mí. Cogió mi cara entre sus manos y me miró a los ojos.

—¿Estás bien?

No, no lo estaba. En el portal del edificio de Álex estaba James y ella no tardaría mucho en verlo. Nos iba a joder la noche.

—¿Evan? —me dio un beso en los labios y debería de sentirme feliz, no le importaba nada ni nadie para darme una muestra de afecto.

—Álex, yo... Tengo algo que decirte.

Tenía que contarle que James había vuelto. No había querido hacerlo porque no quise joder ese día entre nosotros, pero en ese momento, no tenía de otra.

—Me asustas cuando me hablas así, ¿sabes?

—Hay un par de cosas que no te conté.

Se puso muy seria, sus manos cayeron hasta mi pecho, dejándolas ahí, apoyadas. Incliné la cabeza y me miró con curiosidad.

—¿Es malo?

—Vaya... Así que esta era la razón por la que tan ofendido estabas.

Mi instinto fue el de agarrar a Álex por la cintura y pegarla a mí todo lo que pudiera. Noté cómo se tensó al escuchar la voz de James. Ella cerró los ojos, la tensión apoderándose más de su cuerpo.

—Lo hiciste bien, ¿no, Evan? Pero no era esto a lo que me refería cuando te pedí que cuidaras de ella —dijo con rabia.

Álex era, entonces, un bloque de hielo. Me miró, negando con la cabeza, pidiéndome, silenciosamente que eso no fuera cierto. Yo le dije que fui a verla porque lo necesitaba, no porque él me mandara.

Y era la puta verdad, joder. Yo ya estaba saliendo cuando él me lo pidió. No le había mentado.

Ella se soltó de mi agarre, se giró y lo enfrentó. Tenía ganas de volver a agarrarla y de apretarla contra mi cuerpo, pero sabía que eso solo podía empeorar las cosas.

—Hola, Alexa... —dijo con una sonrisa triste.

No podía ser más gilipollas. ¿Venía en el papel del bueno de la película?

—James... —noté los nervios y el dolor en su voz, aunque, seguramente, él no se daría cuenta de eso— ¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo.

¿Para qué, pedazo de imbécil? ¿Para meterle mierda en la cabeza y llevártela a tu terreno?

—No creo que tú y yo tengamos nada que hablar, James, las cosas están muy claras.

—No, las cosas no son como las imaginas. Sé que no merezco nada, pero necesito explicarte qué ocurrió. A solas —dijo mirándome.

—No pienso dejarla sola. No la dejaré con un mierda como tú —dije con rabia.

—¿Un mierda como yo? Tu mejor amigo creía ser —dijo como con sorpresa, cuando además sabía que desde ese día que me pidió ayuda cuando se probaba el traje para la boda, la amistad entre nosotros ya había empezado a romperse.

Y que, en ese momento, lo que quedaba de amistad era nada. En unas horas ya ni mi socio sería, nada me uniría a él.

—Eres un mierda, James —escupí, fui a acercarme para estamparle el puño en la cara, pero Álex me paró.

—Evan... —me advirtió, se giró y me miró— Relájate.

—No lo escuches, no te fíes de él.

—Tranquilo —levantó una mano y acarició mi cara. Se dio la vuelta lentamente y lo miró—. ¿Cómo te fue el viaje, James? ¿Disfrutaste? Debes de haberlo hecho al estar con alguien que no es frígida, ¿no?

Ahora sí que lo iba a matar por recordar cuánto daño le había hecho con eso.

—Tú no eres así, ya te dije que eran cosas de tu cabeza —dijo él.

—No, no eran cosas de mi cabeza. Era un problema de tu polla —señaló a lo que nombraba y yo estuve a punto de soltar una carcajada cuando vi la cara de espanto de mi... De James— Dime, al menos, que la chica se quedó satisfecha.

—¿Has bebido, Alexa?

—No, pero es que Alexa no está hoy aquí. Tienes a Álex. Y ella es alguien un poco bruta, así que si no quieres llevarte una buena patada en las pelotas, que es algo en lo que tengo puntería, le puedes preguntar a los niños de mi barrio, más vale que te vayas por donde viniste y que no nos amargues la noche.

Dios, esa sí era la mujer que yo quería. Nada de miedos, solo seguridad.

—Te ha engañado bien por lo que veo —James dejó caer la cabeza, como derrotado—. Si él está aquí es porque lo mandé yo. Y ni siquiera te habrá contado la última nueva... —me tensé, se iba a comer mi puño al final— Te echo de menos, Alexa y no pararé hasta que consiga hablar contigo. Al menos necesito que me dejes explicarte las cosas.

—A mí, ahora mismo, no me interesa hablar nada contigo, James. ¿Qué tal si te vas y nos dejas solos? Evan y yo teníamos planes para esta noche y tú no entrabas en ellos.

James hizo un gesto afirmativo con la cabeza y me miró a los ojos.

—Disfruta de lo poco que te queda a su lado, porque te aseguro que cuando le cuente la verdad, no volverás a verla en toda tu vida.

Se marchó de allí, indignado, pero con la cabeza en alto.

—Álex... —ella resopló, me puse frente a ella y cogí su cara entre mis manos— ¿Estás bien?

Negó con la cabeza y sentía que tenía ganas de llorar. La abracé, sabía que conmigo podía sentirse libre. Podía llorar si era lo que necesitaba, por más que me jodiera verla así.

—Evan...

Levantó la cara de mi pecho, mojada en lágrimas. Con mis pulgares, las limpié.

—Dime, preciosa.

—¿Viniste porque te lo pidió?

—No —dije con firmeza—. Nunca te mentí, ni lo haré, confía en mí.

—Entonces vente a casa conmigo —rogó.

—Claro que sí —iba a hacerlo aunque se negara, no pensaba dejarla sola en ese momento.

—Y hazme olvidar —pidió, llorando de nuevo.

Me partía el alma verla así. Ese mierda la había puesto de nuevo de esa

forma. No sabía qué era lo que le hacía daño, si recordar la reciente traición o los recuerdos de años pasados.

Y tampoco me importaba, en ese momento era a mí a quien había elegido, era a mí a quien necesitaba cerca. Era ella la que me quería a su lado y yo no iba a dejarla sola.

Si fuera por mí, nunca volvería a dejarla sola.

Porque estaba enamorado de esa mujer.

La besé con dulzura y la abracé, guiándola hasta su apartamento, sin soltarla, con mi brazo alrededor de su cintura mientras ella caminaba lentamente, con la cabeza apoyada en mi hombro.

Llegamos a su apartamento y la llevé hasta su habitación.

—Odio verte llorar —dije mientras limpiaba las lágrimas de su cara otra vez.

—Haz que deje de hacerlo —rogó—. Haz que deje de pensar en todo menos en nosotros.

Lo haría. Haría lo que fuera para volver a verla reír de nuevo.

—Dime qué necesitas, preciosa.

—A ti —susurró, mirándome a los ojos, la sinceridad en ellos.

—A mí ya me tienes, me tendrás siempre que me quieras cerca.

—¿Siempre?

—Siempre —dije con firmeza—. No lo crees, ¿verdad?

—Demasiado bonito para ser cierto.

—Entonces dejemos que el tiempo se encargue de demostrarnos quién de los dos tiene razón. Ahora es momento de otras cosas.

De nuevo, comencé a desabrocharle la camisa, le quité el pantalón y la dejé en ropa interior. La tumbé en la cama y, tras desnudarme, solo con el bóxer puesto, la tumbé en la cama.

Acaricié su cara con mis nudillos y la noté temblar. Estaba nerviosa por haberlo visto, pero también comenzaba a excitarse por mi contacto.

Bajé por su cuello, rozándolo con las puntas de mis dedos. Como si fuera una pluma sobre su piel. Sentía sus escalofríos, cómo temblaba. El movimiento de sus caderas me iba diciendo cuánto más iba necesitando.

—Evan... —suspiró.

La besé, con ternura, tragándome su suspiro, haciéndola gemir en mi boca. Necesitaba que esa noche se sintiera deseada.

—Esta vez no necesito sexo, Evan.

—Lo sé, preciosa —sonreí—. Como yo no solo necesitaba eso esta tarde.

Necesitaba sentir algo más, sentir que era mucho más que sexo, que un

polvo. Era parte de su inseguridad y aunque había mejorado mucho y yo sabía que con el tiempo desaparecería por completo, aún le costaba pedir algunas cosas.

Como cariño.

Como amor.

En un momento así, era su forma de pedirme que le dijera que la quería, que ella me importaba. Seguramente, si se lo dijera con palabras, no me creería. Ella necesitaba los hechos, las acciones.

Necesitaba sentir que la hacía mía y que los sentimientos eran puros. Y lo necesitaba en el sexo.

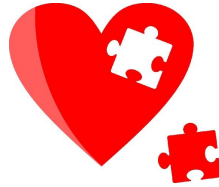
Y no había nada malo de ello, yo se lo iba a demostrar.

Comencé a besar cada rincón de su cuerpo, con delicadeza, la misma con la que mis manos la acariciaban. No era el deseo crudo de otras veces, era algo más profundo, como lo que ella me había hecho sentir esa tarde.

Cuando entré en ella, fue completamente diferente. Sentí que estaba completo, sentí que ella era lo único que necesitaba en el mundo y es lo que intenté demostrarle con cada movimiento, con cada caricia, con cada palabra susurrada...

Porque lo que yo sentía por esa mujer, era mucho más fuerte de lo que yo mismo imaginaba.

Capítulo 14



Me levanté a la mañana siguiente cuando el timbre de la puerta sonó. Evan acababa de irse, así que pensé que se había olvidado algo. Yo estaba a punto de marcharme a clases, abrí la puerta y...

Y ¿para qué mierda lo hice? Detrás de ella estaba la persona que menos quería ver.

—¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar? —preguntó con su voz inocente.

—No.

—Alexa, por favor, necesito hablar contigo.

—Pero yo contigo no, así que hazme el favor... ¿Pero qué haces? —grité cuando entró por la fuerza.

—Está él aquí, ¿verdad?

—¿Y a ti qué te importa?

Miró alrededor, pero se relajó al ver que no había señales de Evan.

—Claro que me importa, porque todo esto es una maniobra suya para separarnos.

—¿Se te ha ido la cabeza o qué? —pregunté, flipando— ¿Qué tiene que ver Evan con que me pusieras los cuernos, James?

—Él fue quien me animó a hacerlo.

Solté una carcajada.

—Bueno, en realidad me lo puedo hasta creer. Cuando Evan quiere algo, no para hasta conseguirlo.

—Esa mujer fue contratada por él, Alexa, me emborracharon y...

—Y te metieron obligado en un avión, claro que sí —dije con ironía.

—No, pero me lavó el cerebro, tienes que creerme. Me insistió tanto en que me estaba equivocando por casarme contigo que dudé y la cagué. Pero joder, te

echo de menos, por eso he vuelto. Le pedí que te cuidara y mira cómo lo hizo.

—¿Le pediste que me cuidara?

—Sí, claro que sí. Lo llamé preocupado por ti y le pedí que te cuidara el tiempo que yo iba a estar fuera. Y me costó la vida convencerlo, incluso tuve que prometerle que, a mi vuelta, le vendería la mitad de la empresa a un precio de risa. En un rato firmaremos los papeles, ya está todo listo. Fue lo que me pidió por “cuidar de ti”. Y acepté, no me importaba perderlo si con ello sabía que se encargaría de que estuvieras bien. Aunque ya veo que su idea de cuidar no era la misma que la mía.

Me puse en tensión. No era que James pudiera estar inventándose la historia que quisiera. Es que no era la primera vez que me decía que él mandó a su amigo, como una obligación, a cuidar de mí.

No soportaba eso. Y no lo soportaba porque él me lo había negado siempre.

Y si era así, me había estado mintiendo.

Y si me había mentido en eso... ¿En qué más lo habría hecho?

—¿Y qué es lo que quieres, James?

—Que me perdones, cometí un error. Todo el mundo tiene derecho a meter la pata, ¿no crees? Por favor, Alexa, he perdido todo. Mis padres me han negado su apoyo por lo que hice. Mi empresa... Ya no es mía, es solo de Evan. Tengo que empezar desde cero y no podré hacerlo si no estás a mi lado. Para él solo eres un encargo, una diversión, nada más. A mí me importas de verdad, por algo estoy aquí.

Me quedé mirándolo. Maldito embustero. ¿Pero cómo podía ser tan cínico?

—¿De verdad me quieres, James?

—Más de lo que imaginas. De verdad, lo de ella solo ocurrió un par de veces, no podía soportar estar lejos de ti, pensar en ti...

—Pues vas a tener que soportarlo de nuevo —me acerqué a la puerta y la abrí—. Sal de aquí y no vuelvas nunca más.

—Pero Alexa, te estoy diciendo que...

—¡Que te largues, maldita sea! Que de mí no te ríes más.

—Si no me crees, solo tienes que ir a la empresa y verlo por ti misma. La reunión es en una hora.

Salió de mi casa y cerré de un portazo. Maldito idiota, ¿por qué tenía que volver a alterar mi mundo?

Iba a venderle la empresa a un precio de risa... Eso se me había quedado en la mente grabado. ¿Sería cierto?

Joder, no podía ser. Yo había estado todos esos días con Evan, lo conocía, él

no me había estado engañando. James solo quería sembrar en mí el gusanillo de la duda.

Me iba a reventar la cabeza.

Pero me había mentido, ¿no? Él siempre negó que James lo mandara a cuidarme. Si me había mentido en eso... No podía pensar así.

Yo no podía desconfiar de él, no me había demostrado en ningún momento que no fuera sincero. Pero todo entre nosotros iba tan rápido... Pasamos de ese odio a no poder separarnos por no soportar estar juntos.

Ahí había algo que no entendía y James acababa de despertar las dudas que tenía dormidas dentro de mí.

Cogí el bolso y salí de mi casa. Me monté en el coche y en vez de irme directamente para la universidad, fui en dirección al despacho. Tenía que averiguar si algo de lo que decía James era cierto.

Todo sería mentira y yo me quedaría más tranquila. No era desconfianza, solo... Asegurarme de las cosas antes de que pudieran hacerme daño.

Esperé un poco y subí. La secretaria de ambos no estaba en su mesa, así que me acerqué a la puerta de la sala de reuniones, que estaba entreabierta y me paré al escucharlos a los dos.

—Bueno, pues enhorabuena, conseguiste lo que querías —dijo James.

—Déjame en paz, James, firma y ya.

—Lo haré. Pero joder, te ha salido bien la jugada, ¿no? Te creía mi amigo, no era eso lo que te quería cuando te pedí que cuidaras de ella.

Mi cuerpo se puso en tensión, esperando la respuesta de Evan.

—¿Y cómo esperabas que la cuidara? —la ironía en su voz.

Mi corazón empezó a latir descontroladamente. Entonces era cierto. Era verdad lo que me había dicho James.

No se había acercado a mí porque le importara, sino porque le interesaba. E iba a conseguir un “premio” bastante succulento.

Tenía ganas de llorar. ¿Todo lo que había ocurrido entre nosotros era una mentira? No podía creerlo, de verdad que no podía, algo me decía que no eran así las cosas. Él era sincero conmigo, tenía que confiar en su palabra.

La sala se quedó en silencio unos segundos hasta que James volvió a hablar.

—Ya tienes lo que querías firmado, estarás deseando perderme de vista.

—No sabes cuánto...

—Una cosa, Evan, ¿lograste que se le quitara lo frígida en la cama?

Dios mío... Me tapé la boca para evitar sollozar. Eso había sido como si me clavaran un puñal en el pecho. ¿Evan sabía de eso?

Pero no pude terminar de escuchar más.

—¿Señorita Jordan? —di un bote cuando la voz de la secretaria me tomó por sorpresa.

—Hola, acabo de llegar —intenté fingir que estaba bien—. Estaba buscando a Evan...

—El señor Parker está reunido con el señor Marshall.

—Ah... ¿Y no sabrás tú para qué? —pregunté acercándome a ella— Me dijo que era importante, pero poco más.

—Para firmar la compraventa de las acciones del señor Marshall.

Ya estaba, ya me lo había confirmado todo.

—Yo mejor me voy entonces... —porque iba a ponerme a llorar allí como una imbécil.

—¿Álex?

Mierda, Evan...

Me giré y lo encaré, alegrándome de que aún pudiera mantener la compostura y no me hubiera puesto a llorar como una imbécil.

—¿Todo bien, Evan?

—Sí... —se acercó a mí y fue a tocarme pero me eché para atrás— ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí, cuando una se quita la máscara, aunque al principio duela, siempre está bien.

Él frunció el ceño y me cogió del brazo.

—¿Qué te pasa?

—Nada que te importe.

Lo vi apretar la mandíbula, ya iba a sacar al mandón que llevaba dentro. Apretó aún más el agarre en mi brazo y tiró de mí.

—Vamos a hablar fuera. Hay cosas que tengo que contarte.

—No me toques —dije con rabia y soltándome de su agarre—. ¿Qué cosas? Ay, sí, esas que no quisiste decirme. Ya no hace falta que lo hagas, puedes quedarte tranquilo. Ya tienes lo que querías, ¿no? Ya no tienes que fingir.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Solo te pedí una cosa, Evan y fue que no me mintieras —una lágrima resbaló por mi mejilla—. Y lo has estado haciendo desde el principio.

—Yo nunca te he mentado.

—No se puede ser más cínico. Para ya. No hace falta que sigas con el teatro, ya no tienes que cuidar más de mí. De una frígida como yo —dije en un susurro. Abrió los ojos como platos, sabía que había escuchado la conversación—. No

quiero veros nunca más a ninguno de los dos —dije mirando también a James, que estaba apoyado en el quicio de la puerta.

Aproveché ese momento en que Evan miró para atrás para salir corriendo de allí.

Otro hombre que había jugado conmigo. Solo que esa traición sí que me había partido el corazón.

Porque de él sí estaba enamorada.

Capítulo 15



—¿Qué mierda le has dicho? ¿Por qué vino aquí?

Entré al despacho de James, iba a matarlo. Sabía, de más, que él había tenido que ver en todo eso.

—¿Yo? ¿Por qué piensas que he tenido algo que ver?

—A mí no me la pegas con esa cara de inocencia, James, te conozco muy bien, no lo olvides. Has ido a meterle mierda en la cabeza, ¿verdad?

—Si confiara en ti no habría mierda que pudiera afectarla, ¿no crees? Porque creería en ti.

—Eres un maldito —me abalancé sobre él y lo cogí por el cuello de la chaqueta—. No te parto la cara porque no mereces ni que gaste energía en eso.

—No pagues conmigo que tu relación sea humo —dijo con rabia—. No será mía, pero te juro que tampoco será tuya.

—¿Por qué? ¿Por qué ese odio? —lo solté, no lograba entenderlo.

—¿Por qué? ¿Crees que no me di cuenta en todos estos años? Babeabas por ella, como ella por ti. Ni siquiera era capaz de follármela en condiciones porque era una maldita frígida conmigo.

—Hijo de puta —mi puño se estrelló contra su boca—. ¡No hables de ella así!

Cayó al suelo por la fuerza del golpe. Se levantó mientras limpiaba la sangre de su nariz.

—Sabía lo que ocurría entre los dos, ¿por qué te crees que ese día aparecí en la cafetería antes que tú?

—Hijo de puta...

—Tú eres el hijo de puta —escupió—. Pero yo logré tenerla y convertirla en lo que debía ser.

—Has tenido todo en la vida, ¿por qué esa obsesión con ella?

—Porque te miraba a ti como quería que alguien me mirara a mí. Y porque me hacía sentir que podía ser mucho mejor que tú.

—Eres un desgraciado, James, no sé cómo no lo vi antes.

—Porque eres un ingenuo —resopló—. Pero todo salió como debía. Yo no me iba a casar con alguien así, necesito otra mujer de mi clase. Como necesito esta empresa.

Me quedé quieto, intentando entender... Hasta que lo hice.

—Lo planeaste todo. Para quedarte con la empresa y, de paso, asegurarte de que los dos no pudiéramos estar juntos.

—Soy inteligente —rio—. No un ingenuo como tú. Sabía exactamente cómo ibas a actuar. La amas. Y ella... Le costaría pero caería —se encogió de hombros—. Fue muy fácil.

Respiré profundamente, porque podía matarlo allí mismo.

—Ella no es tan tonta como tú crees, James. Y puede que hayas ganado la empresa. Pero déjame decirte algo, ella se quedará conmigo.

—Ella te odia, ahora sí lo hace de verdad. Porque le mentiste.

—Me odiará, pero se quedará conmigo. Y eso te va a joder toda tu puta existencia.

Me marché de allí, no volvería a poner un pie en ese lugar y esperaba no tener que volverlo a ver en mi vida.

Lo único que quería era encontrar a Álex y explicarle las cosas. No eran como creía y no había nada para que no me perdonara.

Yo no fui ese día porque él me lo pidiera, ya estaba yendo cuando lo hizo, no le mentí. No le conté lo de la empresa porque tampoco quería preocuparla. No le había mentido, solo no le había contado ese pequeño detalle.

No era para tanto. Las cosas se tenían que arreglar. Era fácil, ¿no?

Porque ella debía de confiar en mí.

Capítulo 16



Había llamado a la universidad mientras iba en mi coche y había pedido unos días libres. Necesitaba desaparecer, irme de allí y olvidarme de todo.

Fui rápidamente a mi casa y preparé una pequeña maleta para coger el vuelo que mi hermana se había encargado de buscarme. No tenía mucho tiempo para llegar, así que cogí un taxi y fui para el aeropuerto.

Fueron un par de horas de viaje horas de viaje, llegué tarde, pero mi hermana estaba esperándome allí.

—Ay, mi niña, me tienes preocupada, ¿qué te pasa?

—Te lo contaré más tarde, Samy, cuando esté más tranquila, ahora solo quiero llegar a casa. ¿Los niños?

—Los dejé con el padre, no te preocupes. Pero esta noche me quedo en casa contigo.

—Gracias —dije con lágrimas en los ojos.

—Por nada. Pero intenta que papá no te vea muy mal, se preocupa demasiado.

—¿Sabe que vengo?

—Sí, le dije que lo tenías planeado y que no le quisiste decir nada hasta que llegaras para darle la sorpresa.

—Vale. ¿Estáis todos bien?

—Todos perfectamente, no te preocupes. Ahora, quien me importa, eres tú.

Fuimos al parking para coger el coche y cuando llegamos a casa, mi padre nos esperaba en el porche. Corrí hacia él y le di un enorme abrazo.

—Hola, preciosa, me alegro tanto de que estés aquí...

—Hola, papá —lo abracé con más fuerza.

—A ver esa cara... —levanté la mirada — Algo te pasa, ¿aún por lo del capullo ese?

—No —reí—. Es solo que después de todo eso, necesitaba alejarme un poco.

—Tenía que haber ido y haberle cortado las pelotas y después metérselas en la boca y...

—¿Ves a quién salgo? Si lo digo yo, te quejas —rió mi hermana.

—Papá, lo de James...

—Aquí se le llama gilipollas —dijo muy serio.

—Vale —reí—. Lo del gilipollas está pasado. Enterremos ese tema. Solo necesito paz para volver con fuerza —tenía el móvil apagado y no pensaba encenderlo durante esos días.

—Paz es lo que tendrás entonces —sonrió.

Eso era lo que esperaba, porque realmente lo necesitaba. Y, al menos, por esa noche la tuve. Después de comer algo y de un chocolate caliente, caí rendida en el sofá. Mi hermana se había quedado a mi lado, solamente en silencio, sin preguntar, acariciándome la cabeza como hacía cuando yo era pequeña y lo pasaba mal.

Me desperté con el olor a café. Sonreí al recordar dónde estaba. Me levanté del sofá y fui a la cocina. Allí estaba Samy sirviendo un par de tazas.

—Buenos días —sonreí y me acerqué a darle un abrazo.

—Buenos días —me dio también un beso.

—¿Y papá?

—Fue a comprarte todo lo que te gusta.

—Oh, no, me va a hartar de chocolate —reí.

—Y de más cosas —rió ella—. Déjalo que te mime, hace mucho que no te tiene aquí y de mí ya está un poco harto. Sobre todo de los niños —rió a carcajadas.

—Tengo muchas ganas de verlos.

—Y ellos a ti, pero antes que nada necesitas sentirte mejor. Así que venga, el café nos espera y más vale que me cuentes qué es lo que está pasando antes de que papá llegue y esta casa se llene de gritos de dos pequeños gemelos demonios.

Esos eran mis sobrinos, tenían cinco años y eran adorables. Eso sí, para un rato. Porque aguantar a Elio y Carl por más de unas horas... Mi hermana tenía el cielo ganado. Lo que no inventaba uno, lo hacía el otro. Y lo que no... Pues ya se lo enseñaba la tía Álex. Que para eso estaba, para consentirlos.

Criarlos era problema de mi hermana, pero yo les había enseñado todo lo que no se debía hacer precisamente para lo contrario, para que lo hicieran. Tenían que disfrutar, eran niños.

—¿Qué es lo que ha pasado, Álex? Porque sé que no es por el gilipollas.

—Por ese no, por el otro sí.

—¿Evan?

—¿Quién más? —bufé.

—¿Qué hizo?

—Lo creí. Creí que todo lo que vivía con él era real. Que podía confiar en él. Pero todo fue una mentira, Samy, me mintió desde el principio.

Se me escapó una lágrima porque joder, dolía. Pero me la limpié, furiosa.

—Si no me explicas bien... Lo último que sé es que entre vosotros había algo y que te hacía sentir bien.

—James volvió y...

—Espera que me lo estoy viendo venir...

—Déjame explicarme. Las cosas entre Evan y yo iban demasiado deprisa. Tal vez me aferré a él por lo que estaba pasando con James y me imaginé cosas que no eran.

—No empecemos con las estupideces, Álex. Cuéntame las cosas desde el principio y te guardas tus elucubraciones para ti, ¿quieres?

—Está bien. James volvió y me lo encontré una noche que volvía a casa con Evan. El momento fue tenso, lo pasé muy mal a verlo.

—¿Qué quería el desgraciado?

—Hablar conmigo, pero no lo dejé. Lo mandé a la mierda y me fui con Evan.

—Bien hecho.

Negué con la cabeza, no era capaz de dejarme hablar sin opinar cada dos segundos.

—Esa noche lo pasé mal, los recuerdos de tantos años perdidos, no lo sé. Los miedos, quizás. Todo eso que Evan me estaba ayudando a superar. Porque con él me sentía libre, ¿entiendes? Era como estar aquí, en casa, podía ser quien era.

—Dejaste de ser el proyecto de mujer que se adaptaba al pijo.

—Sí... Con él las inseguridades no existían. En ningún sentido. Se comportaba conmigo como un hombre enamorado. Incluso me dijo que, en su día, quiso pedirme salir, pero que James se le adelantó y desde entonces no podía vernos juntos.

—Lo sé.

—¿Qué sabes? —pregunté con el ceño fruncido.

—Que eso era así. Me lo contó en una de mis visitas a la universidad. Me lo encontré en un bar, más bebido de la cuenta y soltó todo. Desde ese día sé lo que siente por ti.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—¿Me habrías creído? Te aferraste a James como si fuera el único hombre en el mundo. Nunca lo entendí, pero... No podía hacer nada, era cosa de Evan. Era su decisión. Pero sigue, ¿qué ocurrió?

—Me mintió, eso es lo que ocurrió. James vino a verme a la mañana siguiente. Me dijo que no podía olvidarme, que me quería, que volviera con él...

—Será que la otra lo mandó a la mierda.

—A saber. No lo creí.

—Menos mal...

—Pero hubo algo... Me volvió a decir que él había mandado a Evan a cuidarme.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Pues lo primero es que yo le pregunté varias veces por qué lo hizo y me negó hasta la saciedad que fuera porque James se lo pidiera. Y lo segundo es que lo hizo para hacerle chantaje a James y quedarse con la empresa para él solo.

—¿Qué? —abrió los ojos como platos y, de repente, soltó una carcajada— Te estás quedando conmigo.

—No.

—Eso te lo dijo James, claro.

—Sí.

—Y tú eres tan tonta que te lo creíste, obvio.

—Sí... Digo no. Joder, ¡no me líes! No me lo creí, pero tenía ahí algo, me había mentido una vez, ¿cómo sabía que no lo había hecho más? Así que fui a la oficina porque se suponía que iban a firmar la compraventa de la otra parte del negocio, lo que me confirmó la secretaria y escuché una conversación entre ellos —le conté lo poco que oí—. Estaba claro, Samy, me había estado engañando —dije llorando.

—Ajá —le dio un sorbo a su café y no dijo nada más.

—¿Y ya está? ¿Eso es lo único que me vas a decir? —me limpié las lágrimas de nuevo.

—Sí.

No me gustaba nada cuando mi hermana se quedaba así, en silencio.

—Samy...

—Mira, Álex, voy a ser muy clara contigo, ¿vale?

—Claro...

—Eres gilipollas.

Y se quedó tan pancha y yo pestañeeé varias veces.

—¿Pero a qué viene eso?

A lo que fuera que viniese, ya no pude enterarme porque mi padre llegó y me quedé toda la mañana con la misma frase en la cabeza. Con el “eres gilipollas”.

Y, tal vez, sí que lo era. Porque había confiado en un hombre que terminó por romperme el corazón.

Llevaba varios días en casa de mi padre, mi hermana había vuelto a dormir a su casa y pasaba el día jugando con los niños. Al menos me evadía de mi tristeza.

Esa noche, mi padre y mi cuñado prepararon una barbacoa, ya me despedía de ellos, a la mañana siguiente cogería un vuelo para volver a casa.

Estaba alrededor de la hoguera, los hombres con la barbacoa, yo mirando a los niños jugar. Mi hermana apareció con una caja de cartón y se sentó a mi lado.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Algo que necesitas ver —abrió la caja y comenzó a sacar fotos.

Me dio un par de ellas y sonreí.

—Hacía años que no veía estas fotos —eran de mi época en la universidad.

—Y esta vez las verás de otra forma —sonrió ella—. Mira esta.

Cogí la que me daba y la observé. Estábamos en la cafetería una de las veces que mi hermana vino a verme. James y yo juntos, ella era quien sacaba la foto.

—No me apetece ver...

—Mira bien, Álex —me ordenó y señaló un punto de la foto.

A un lado, en otra mesa, estaba Evan, mirándome, con ojos tristes. ¿Pero qué...?

—Como estas hay muchas —dijo Samy y empezó a mostrarme una tras otra—. Siempre estaba mirándote, ¿sabes? Cualquiera que se fijara, lo habría notado. Era una especie de pena con algo de rabia por verte con otro. Supongo que ese “odio” que te mostraba solo era su coraza. Pero siempre estaba pendiente a ti.

—Como con la pizza —susurré, con lágrimas en los ojos.

—¿La pizza?

—Sabía cuál era mi favorita. Sabía cosas de mí que no entendía cómo podía saberlo si me ignoraba.

—Nunca te ignoró, Álex, como tú tampoco a él. Mira cómo lo miras aquí... Y aquí...

—Pero él nunca...

—¿Nunca te dijo nada? ¿Cómo lo iba a hacer si elegiste a otro? Yo podría preguntarte a ti cómo nunca te diste cuenta de lo que tú sentías por él y te fuiste con James.

—Nunca vi que pudiera interesarle. Era el chico malo, el ligón, el...

—El chico que solo pensaba en ti y que sufrió por no tenerte —sonrió—. No te digo que lo haya hecho bien, a lo mejor te mintió y fue a verte porque se lo pidió su amigo. ¿Pero qué tan malo es eso?

—Es una mentira.

—Una mentira porque después de cómo os habíais tratado, ¿cómo se iba a arriesgar a otro rechazo más?

—Dios...

—O tal vez no mintió.

—¿Qué quieres decir?

—Que por lo que lo conozco, estoy segura de que si te viera sufrir, correría a buscarte. Y si sucedió así, metiste la pata tú. Porque después de cómo te ha demostrado que está, no has confiado en él y has desconfiado a la primera.

—¿Y lo de la empresa?

—Lo has juzgado sin preguntar. Toma —me enseñó una foto en su móvil de la degustación del menú de boda—. Ahí está destrozado, ¿es que no lo ves?

—Yo...

—Tú te has puesto la coraza de nuevo porque así sufres menos. Es más fácil para ti eso que reconocer que te enamoraste de él. Quizás desde el primer día. Y que has perdido años de tu vida por no tener valor para hacer algunas cosas. Deberías de preguntarte si de verdad lo que escuchaste no tiene otro sentido. O si esa mentira que ves tan grave, aun cuando fuera así, es más importante que todo lo que ese hombre ha demostrado que haría por ti. Porque él trajo de vuelta a mi hermana —dijo emocionada—. Y ya por eso merece, al menos, que lo dejes explicarse, ¿no crees?

Yo no sabía qué decir. A mí me iba a dar algo.

Seguí mirando fotos y en todas nos mirábamos igual. Con pena. Con rabia. Con tristeza.

—Me quería —susurré, entre lágrimas.

—Te quiere, Álex.

—Nunca me lo ha dicho —sollocé.

—¿Y tú se lo has dicho a él? —negué con la cabeza— A lo mejor te lo ha dicho de otras maneras y no lo has visto.

De otras maneras...

Con cada detalle. Con cada caricia. Con cada beso...

—No he sido solo sexo...

Era más un pensamiento mío que otra cosa. Porque no solo había habido sexo, habíamos hecho el amor. Siempre. Porque entre nosotros siempre había

habido mucho más.

—¿Crees que un hombre como él habría dado tanto por ti, habría, siquiera, repetido contigo si fueras solo sexo? Vamos, Álex, ese hombre tiene a la mujer que quiere y sin repetir, ambas lo sabemos. Ni necesitaba sexo, ni necesitaba ningún chantaje para quedarse con una empresa cuando tiene dinero y prestigio suficiente para tener su propio bufete de abogados.

Tenía razón, en todo lo que decía.

—No lo dejé explicarse, le hice daño... —miré a mi hermana mientras dejaba que las lágrimas siguieran cayendo.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Estaba claro lo que iba a hacer.

Iba a por él y me iba a poner de rodillas si hacía falta.

Me abracé a mi hermana y pasamos un rato así, mirando a la hoguera y a los pequeños demonios. Al día siguiente cogería el vuelo para volver a casa y lo primero que haría sería ir a buscarlo.

Necesitaba hablar con él, pedirle perdón. Ni siquiera quería una explicación.

Había entendido todo. Que ese hombre me quería tanto como yo a él y que, como él me había dicho, ya lo había perdido una vez, no volvería a perderlo otra.

Tenía que conseguir, como fuera, que me perdonara.

—Chicas, ¡la carne está lista! —gritó mi padre.

—Vamos, que me ruge el estómago —rio mi hermana.

Me levanté y entrelazamos nuestros brazos.

—Te gusta Evan, ¿verdad?

—Como hombre a quién no —bromeó—. Me gusta porque te quiere, cariño. Me gusta porque te hace feliz. Hasta por teléfono, solo por tu tono de voz se notaba. Me gusta porque sé que hará siempre todo lo que esté en su mano por verte sonreír. Podrá meter la pata, como todos, como lo hace él —señaló a mi cuñado—. Pero cuando de verdad lo necesito, está ahí. Cuando me caigo, intentará levantarme y si no puede, se acostará conmigo. Y eso es lo que quiero para ti.

—Gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por estar ahí —dije emocionada y le di un beso.

—Mira, Álex, si vamos a seguir con las ñoñerías, más vales que te vayas ya, porque yo no estoy para tanto llanto —dijo entre lágrimas.

Y me hizo reír. Así era mi hermana, a veces loca, a veces sentimental. La mejor del mundo.

—¿Y si no me quiere escuchar?

—¿Evan dices?

—Sí...

—Bueno, chica, ya no eres una frígida, así que saca algunas de tus armas secretas y hazlo caer a tus pies —me guiñó un ojo.

—No seas bruta —reí.

—Si no lo haces tú, ya se lo haré yo en mis fantasías.

—¿Puedes, por favor, olvidarte de Evan en tus fantasías?

—Lo intentaré —resopló—, pero no prometo nada.

—Samy —resoplé, pero reí de nuevo.

—Solo dime una cosa —se paró—. ¿Es tan bueno en la cama como me imagino?

—No te diré eso —tiré de ella, pero no se movía.

—Solo eso, me lo debes —dijo con mala cara.

—Es mucho mejor de lo que te puedes imaginar.

—Joder, lo sabía. Cuando puedas me cuentas cosas, que este pena y yo tenemos que innovar. Estoy de la postura del misionero hasta el moño —resopló.

—A ver si lo de ser frígida nos viene de familia —torcí el gesto.

—Va a ser eso, sí —puso los ojos en blanco y solté una carcajada.

—Y tú dime una cosa. ¿Qué es eso de la apuesta?

—Papá y yo apostamos, hace años, con cuál de los dos te quedarías.

—No me lo puedo creer —puse los ojos en blanco—. Y si dices que has ganado tú...

—En realidad hemos ganado los dos —soltó una carcajada—. Porque ninguno apostó por James. Una apuesta sin sentido, pero... —me guiñó un ojo, haciéndome reír.

Nos unimos a los demás para cenar y me despedí de ellos. Prometí verlos pronto, esa vez no dejaría que pasara tanto tiempo entre cada visita a mi hogar.

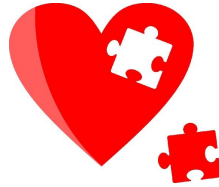
Me acosté esa noche con ganas de llegar y de buscar al amor de mi vida. Encendí el móvil y vi la cantidad de llamadas perdidas de Evan. Y mensajes pidiéndome hablar, que estaba preocupado, que necesitaba verme.

Joder, le había hecho daño. Y él seguía intentando arreglar las cosas conmigo. Pero los mensajes y las llamas habían cesado, tal vez se había cansado de mí.

Las lágrimas salieron de mis párpados. Y recé, algo que nunca había hecho, para que me perdonara. Al menos, para que me diera una oportunidad y me escuchara.

No podía perderlo otra vez.

Capítulo 17



Estuve varios días intentando encontrar a Álex. Desde ese momento en que se marchó de la oficina y no pude hablar con ella, la había llamado y le había mandado decenas de mensajes. El móvil siempre me salía como apagado, ni siquiera sabía si había leído la de veces que le pedí verla.

Estaba enfadada conmigo por una tontería y yo había llegado a un punto en el que sentía que iba a explotar. Porque también estaba dolido. A la mínima había demostrado que no confiaba en mí.

Así que decidí coger un vuelo y pasar unos días con mi madre. Me vendría bien evadirme un poco y pensar en cómo iba a seguir desde ese momento.

—Estoy tan feliz de tenerte aquí —mi madre me abrazó esa mañana cuando me levanté, lo llevaba haciendo cada día que estaba allí. Muchas veces la echaba de menos, era la única persona que tenía en el mundo.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, cariño. Siéntate que ya está el desayuno casi listo.

Terminó de servir las tazas de café y puso las tostadas en la mesa.

—No tengo mucha hambre...

—Comerás —me ordenó—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Bien...

—Bien jodido, quieres decir.

—Mamá —me reí, ella no tenía pelos en la lengua—. Estoy bien, ya con ganas de volver, de montar mi bufete, he adelantado mucho estos días, tengo buenos amigos que me han echado un cable.

—¿Y sobre Álex?

Ella la vio varias veces en su vida, como yo a la familia de ella y siempre le gustó. Muchas veces me había dicho: “Cariño, deja de hacer el gilipollas y cástate con ella, no la dejes escapar”. Y a mí me ponía de mal humor eso.

Al parecer, mi madre me conocía mejor de lo que yo me imaginaba. Porque

sabía antes que yo que estaba enamorado de esa mujer.

—No sé nada de ella. Me sigo sintiendo dolido, a la primera de cambio se marchó. No confió en mí y eso es algo importante.

—Estaba asustada, a saber qué de mierda le metió ese hombre en la cabeza.

—¿Acaso importa? Yo creo que le demostré que es importante para mí. Y decidió creer al hombre que tanto daño le había hecho antes que a mí. La quiero mucho, mamá, pero eso me duele. Estar con ella ahora sería como sentir que no hay confianza por su parte. Así no se puede tener nada más.

—Dale tiempo, también es nuevo para ella el confiar en ti después de lo que le hicieron. Se dará cuenta de las cosas.

—O no... ¿Quién sabe?

Me dolía pensar así porque la quería, pero en ese momento también tenía rabia. Rabia porque me había dejado de esa manera, sin ni siquiera escucharme. Rabia, sobre todo, porque no me había creído.

Y eso era algo que me costaría perdonarle.

—Ese enfado se te pasará, porque la quieres. Y no eres un hombre orgulloso.

—Puede ser, pero no será fácil.

—¿Irás a buscarla cuando vuelvas?

—No —dije tajantemente—. No seré yo quien dé, de nuevo, su brazo a torcer.

—Ay, cariño, terminarás haciéndolo porque la adoras. Sabes que estaba asustada, que tiene miedos...

—Yo también los tengo. Para mí no fue fácil descubrir mis sentimientos por ella. Verme, de un momento a otro, con que no podía separarme de su lado. Y lo único que tenía que hacer era crearme a mí. Si no lo hizo en una tontería así, ¿qué será con algo más grave?

—Bueno, ya veremos cómo salen las cosas. Yo hoy te dejo en paz, tengo cita con la modista.

—¿Con la modista para qué?

—Porque digas tú lo que digas, yo voy a ir comprándome el traje para ser la madrina de tu boda —soltó una carcajada y se fue.

Me reí y me quedé negando con la cabeza, mi madre no cambiaba, siempre con ese humor.

Puede que tuviera razón y que cuando se me pasara el enfado, fuera a buscar a Álex, pero por el momento no creía en eso. Yo no iba a arriesgarme, por mucho que la amara, a una relación en la que no había confianza.

Y ella no confiaba en mí.

Salí un rato a tomar el aire y me senté en el porche, con mi taza de café en las manos. Me encantaba tomármelo ahí. Como me encantaba ese lugar, tan diferente a la ciudad en la que vivía. Además, tenía tantos recuerdos allí...

Por eso, cada vez que necesitaba un respiro, volvía a casa para regresar a la gran ciudad con fuerzas renovadas.

Y con un par de días más allí, sucedería.

Tenía mucho trabajo por delante, un negocio que montar aunque mis clientes seguían contando conmigo con bufete o sin él. Pero necesitaba mi propio local y dejarlo todo preparado.

Sería una nueva etapa.

Y no sabía si Álex formaría parte de ella o no.

Capítulo 18



—Hola, Evan...

Vi cómo se asustó al escuchar mi voz. Estaba sentado en el porche de su casa, con una taza en las manos y ensimismado, mirando a la nada.

—¿Álex?

Pestañeó varias veces, como si no se creyera que yo estuviera allí, como si pensara que era una alucinación. Pero no lo era, era real.

Cuando volví a la ciudad, no lo encontré por ningún lado. Lo llamaba y el móvil salía desconectado, así que hice un par de llamadas y me enteré de que estaba en su ciudad natal, pasando unos días. Lo mismo que había hecho yo... Conseguí que me dieran la dirección y no dudé en coger un vuelo

—Hola —dije de nuevo, nerviosa.

Dejó la taza en la mesa y se levantó, acercándose a mí, con las manos en sus bolsillos.

—¿Qué haces aquí?

—Me dijeron que te encontraría aquí —retorcí mis manos, nerviosa—. Te estuve llamando y no daba señal.

—Tengo el móvil apagado, no quería hablar con nadie —dijo muy serio.

Parecía... No enfadado, sí dolido. Y extrañado por verme allí, lo cual era lógico.

—Yo hice lo mismo estos días.

—Ajá...

—Esto...

—¿A qué has venido, Álex?

Tragué saliva y señalé la hamaca en la que había estado sentado.

—¿Puedo sentarme?

—Claro...

Me dejó pasar y tomé asiento, él se sentó en una silla frente a mí.

—He estado pensando mucho estos días —comencé— y sé que te he hecho daño. Necesitaba disculparme contigo.

—Entiendo... Pues ya está, disculpas aceptadas. Puedes quedarte tranquila.

—Evan...

—No tenías que viajar solo para eso, Álex, podías haberlo hecho a mi regreso, tampoco soy nadie importante —se levantó y bajó del porche, quedándose en el césped, dándome la espalda. Su cuerpo estaba tenso, suponía que no le hacía ninguna gracia verme.

Me acerqué a él y me coloqué a su espalda.

—Sé que en este momento debes de estar odiándome por no haber confiado en ti. Me gustaría pedirte que aunque me odies, te quedes conmigo... —él se giró rápidamente, a mí se me escapó una lágrima que resbaló por mi mejilla— Lo he hecho muy mal, Evan, no te creí. Pero te juro que estoy arrepentida, que he entendido las cosas y... Te quiero y no quiero perderte de nuevo —otra lágrima más. Y otra...

—Yo no te odio —cogió mi cara entre sus manos y cerré los ojos, cuánto había echado de menos ese contacto—. Jamás podría odiarte porque te quiero desde siempre, Álex.

—Dime que eso es cierto —susurré.

—Sabes que lo es. Como yo sé que me quieres a mí. Pero la confianza es algo muy importante en una relación y tú no confías en mí.

—Lo hago —abrí los ojos rápidamente—. Cuando James me dijo esas cosas... Fui a la oficina y escuché vuestra conversación y todo cuadraba con lo que él me había dicho. No sé por qué lo creí, tal vez por miedo, porque había algo dentro de mí que me decía “¿Ves? Sabía que te iba a traicionar también”. Y con lo que había vivido.

—Yo nunca te mentí. Ese día salí a buscarte porque lo necesitaba, me estaba volviendo loco sin saber si estabas bien. Te lo dije varias veces y una sola palabra de James te hizo dudar.

Dejó caer sus manos, frustrado y se las pasó por el pelo.

—Lo siento.

—Para mí no es una tontería, Álex, la confianza es algo muy serio.

—Y para mí... Pero tienes que entender que yo venía de una traición muy dura. Que me encuentro enamorada del hombre al que siempre creí odiar. Todo fue demasiado para mí. No me estoy excusando, pero...

—Siempre has estado enamorada de mí, no es nada nuevo —dijo con firmeza.

—Sí —reí entre lágrimas—. Te odiaba porque te amaba y han tenido que pasar dieciséis años para que me dé cuenta de ello. Un poco triste...

—Perdimos mucho tiempo, sí.

—Fue lo de la empresa lo que me hizo dudar.

—¿Lo de la empresa? —preguntó extrañado.

—Me dijo que le exigiste que te vendiera su parte como condición a que cuidaras de mí.

—Pero...

—Si es así, Evan. Te juro que me da igual. Como me da igual que te haya mandado él, aunque creo en lo que me dices. Lo único que quiero es no perderte, empezar contigo desde cero. Si me lo permites... Aunque me odies un poco, pero quiero que te quedes conmigo. Dame la oportunidad.

—Es un gilipollas... Fui yo quien vendió mi parte de la empresa. Fui yo quien me fui, Álex. Después de lo que te había hecho, no podía estar un minuto más mirándolo a la cara. No soportaría tenerlo cerca. Por eso me fui, no sin antes partírle su preciosa nariz. No te lo conté porque no quería que te preocuparas. Como no te conté que esa noche que lo viste de vuelta, yo sabía que él estaba en la ciudad, me lo encontré esa misma mañana en la oficina. Son las dos cosas que te he ocultado. Por tu bien. Pero nada de lo que te he dicho ni nada de lo que ha ocurrido entre nosotros ha sido una farsa.

Te he sentido derretirte entre mis brazos. Yo lo he hecho entre los tuyos. Eso tenía que ser más importante que creer una tonta mentira de cualquiera. Sobre todo de James. Pero si no confías en lo nuestro... ¿Cómo podemos seguir juntos?

—Porque confío —dije con firmeza—. Lo hago, Evan. Metí la pata, lo sé, pero todo el mundo se equivoca. Como dices, no puedes juzgarme solo por una acción. Te he dado lo que nunca a nadie, me he abierto a ti como jamás hice con nadie. ¿No te demuestra eso todo lo que siento por ti? ¿Todo lo que confío en ti? Porque he tenido siempre miedo de mostrarme tal y como era y gracias a ti lo perdí. Contigo era libre. Contigo me sentía yo. Pero tenía tanto miedo... A no ser suficiente para ti, a no ser lo que necesitas. A que te aburrieras de mí y me dejaras con el corazón roto y...

—Eres tonta —bufó y cogió de nuevo mi cara entre sus manos—. Llevo años enamorado de ti, ¿crees que ahora, que por fin te tengo, puedo pensar en que sea algo pasajero? Yo nunca me arriesgué con nadie, Álex y lo sabes. Solo me he dado a ti.

—Lo sé, créeme que ahora lo sé.

—Pero yo no quiero algo que se construya sobre el miedo de que en cualquier momento, la mujer que amo correrá porque se asusta, en vez de venir a pedirme ayuda, en vez de aferrarse a mí para que la ayude a levantarse. Y si no puedo hacerlo, me tumbo con ella, pero no la dejo sola. Y hasta que no entiendas eso, no podrá haber nada entre nosotros. Porque no solo es lo que te ofrezco, es algo que también te pido yo —limpió mis lágrimas con sus pulgares, cómo me gustaba que me tocara.

—Acepto eso, prometo que no volveré a fallarte y espero que me creas. Pero hay una condición.

—¿Me vas a poner condiciones a eso? —preguntó extrañado.

—Sí...

—¿Y cuál es?

—Que aunque alguna vez salga esa Alexa que tanto odias... Te quedes ahí, siempre, conmigo.

—Por más que nos odiamos, siempre nos quedaremos juntos —juró antes de besarme apasionadamente.

Capítulo 19



Y volvía a tenerla donde la quería, en mi cama, desnuda y completamente para mí.

—No vuelvas a hacer esto, Álex —gruñí, había terminado de besarla cuando nuestros cuerpos, ya sin ropa, se pegaron el uno al otro.

—¿El qué?

—Desaparecer. Estar más de un día lejos de mí. Porque te juro que me puedo volver loco si no puedo tocarte.

—Entonces te va a tocar venir siempre a ver a mi familia —reí.

—Ningún problema en eso, me gustan.

—Como tú a ellos —acaricié su cara—. Tenía miedo de que no me perdonaras.

—En realidad no había nada que perdonar, Álex. Tu miedo a que te mienta, mi miedo a que no confíes en mí... Pero olvidemos eso, como si no hubiera pasado. Tengo muchas cosas en las que pensar ahora mismo como para perder el tiempo en esa tontería que nos separó unos días por el orgullo.

—¿En tu nuevo negocio?

—En eso también. Pero todo está muy bien, ya te contaré los detalles. Ahora no tengo la cabeza ahí.

—¿Y dónde la tienes?

—No exactamente donde querría —puse su mano sobre su sexo, ahí era donde quería tener la cabeza.

—Evan... —suspiró.

La besé en los labios y fui bajando lentamente hasta que estuve entre sus piernas. Un beso en su pubis antes de separar sus labios con los dedos y lamerlo de abajo arriba. El gemido que escapó de su garganta me decía que iba por el buen camino.

Era todo un espectáculo ver cómo disfrutaba mientras mi boca, mi lengua y

mis dientes la atormentaban. Mientras mis dedos entraban en ella. A veces más lentamente, otras veces con más fuerza y más rapidez.

—Evan, por favor... —dijo desesperada.

—¿Qué quieres, preciosa?

—Tenerte dentro.

—Aún no —dije y la lamí otra vez, mis dedos entrando con más fuerza dentro de ella. Con el pulgar comencé a acariciar su clítoris, presionando un poco, mi otra mano agarrando uno de sus pechos, pellizcando su pezón.

—Me voy a correr si sigues así.

Eso mismo quiero, pequeña, pensé.

No paré el ritmo, cada vez más rápido hasta que su grito y los temblores de su cuerpo me mostraron que ya había conseguido darle el orgasmo que quería.

—Dios... —suspiró cuando me tumbé de nuevo a su lado— Menos mal que era frígida —lo dijo con tanta seriedad e ironía que no tuve más remedio que soltar una carcajada.

Ella era frígida, sí, lo sería con cualquier hombre que no fuera yo. Porque necesitaba amar a la otra persona y sentirse libre con ella para poder disfrutar del sexo.

Y eso nadie podía negármelo.

—Ahora te toca a ti —dijo cogiendo mi pene entre sus manos.

—No, Álex —dije con la voz estrangulada—. Ahora me toca follarte o me va a explotar.

—Pero yo quiero...

—Que no se me pongan morados, eso es lo que quieres.

Ella rio y me hizo sonreír.

—No permitiría yo eso —intentó decir con seriedad—. Pero es que quiero jugar con tu polla.

Me puse encima de ella y la besé en los labios.

—Lo harás después, tenemos todo el tiempo del mundo. Pero como no te folle ahora mismo... —entré en ella con un solo movimiento y esa vez se sentía diferente a todas las anteriores.

—Evan...

—Joder, cómo se siente —gemí saliendo y entrando de nuevo dentro de ella.

—Porque no es solo sexo —susurró.

Me quedé parado, apoyé mis codos en la cama, a cada lado de su cara y la miré a los ojos con intensidad.

—Nunca fue solo sexo, Álex.

—Necesito escuchártelo decir —una lágrima escapó de su ojo.

—Te amo —dije con toda la sinceridad del mundo—. Lo hice siempre y, si me dejas, seguiré haciéndolo cada día.

—Más te vale, Evan, porque no pienso perderte otra vez.

—No lo harás, pequeña —la besé—. Siempre seré tuyo.

La emoción en sus ojos. Por fin vi que me creía, que confiaba en lo que había entre nosotros. Y eso era lo mejor que podía pasarnos. Después de lo que nos había costado entender nuestros sentimientos, el último paso y más importante era dejarlos libres y creer en ellos.

—Yo también te quiero —susurró.

—Lo sé —sonreí.

Lo sabía y lo sentía, en cada beso, cada vez que se abría a mí, cada vez que era completamente libre estando a mi lado. Para mí no había mejor muestra de amor que esas cosas que parecían insignificantes.

Insignificante era por lo que casi nos habíamos perdido el uno al otro. Eso no volvería a pasar. Ya me encargaría yo de que eso no ocurriera otra vez.

Porque una vez que la vida me había traído al amor de mi vida, nada, ni nadie, ni ella misma, romperían ese vínculo tan especial que había entre nosotros.

La besé y volví a penetrarla. Con calma, haciéndole el amor, acariciando, lamiendo y besando su cuerpo.

Esa vez fue especial porque esa vez no escondimos nada. Nuestros sentimientos estaban en cada gesto y en cada palabra.

Entre nosotros la palabra follar siempre estaría vacía de significado. Porque cuando el amor es parte de ello, el sexo no es solo sexo.

Llegamos al orgasmo temblando y diciéndonos cuánto nos queríamos. Fue, sin duda, uno de los mejores momentos de mi vida.

Un poco más tarde, cuando escuchamos que mi madre volvía, salimos del dormitorio. Ella me miró y enarcó las cejas.

—¡Álex! —fue rápidamente a abrazarla— No sabes cuánto me alegra tenerte aquí.

Álex no se lo podía ni imaginar, pero yo sí. Desde ese momento, casi no pude ver a mi chica en todo lo que restó de día. Mi madre la tenía, prácticamente, secuestrada.

Esa noche, mientras ellas dos charlaban en la cocina después de cenar, salí y me tomé una cerveza mientras miraba a la nada y le agradecía a la vida el que me hubiera dado la oportunidad de ser feliz.

—Hola, mi amor...

—Cómo me gusta que me llames así —tiré de ella y la senté sobre mis rodillas—. ¿Ya se terminó la charla de chicas?

—Sí, tu madre estaba cansada y se fue a dormir.

—Normal, tuvo un día ajetreado.

—De pruebas de vestidos, me lo dijo —resopló—. Evan, yo te adoro, lo sabes, pero por favor, eso de la boda...

Me reí al ver el susto en su cuerpo.

—Llegará cuando tenga que llegar.

—Vale, sí, pero...

—Tendrás tiempo para prepararla, no te preocupes.

—No es eso a lo que me refiero.

—Habrá boda, Álex —dije con seriedad.

—¿Pero qué mierda de forma de pedirme matrimonio es esa?

—Tendrás la pedida en su momento. Pero de que habrá boda... No lo dudes.

Ella puso los ojos en blanco y yo me reí.

—No te veo a ti pasando por el altar.

—Ni yo tampoco me veía, pero si es contigo... Bajo al infierno si hace falta —la besé hasta que la hice suspirar.

—Dejando ese tema a un lado... Quería enseñarte algo —se levantó un poco y sacó algo del bolsillo de su vaquero.

—¿Qué es eso?

—Fotos que guardaba mi hermana, me quedé con algunas. Mira...

Me enseñó las tres o cuatro que traía y joder, sí que habían pasado años desde entonces.

—¿Lo notas? —me preguntó.

Observé las fotos detenidamente. Y creía saber a qué se estaba refiriendo ella.

—¿A cómo te miro? —ella afirmó con la cabeza— Igual que me mirabas tú a mí. Y nunca nos dimos cuenta.

—No, nunca quisimos ahondar más allá del odio.

—Pero eso ya es pasado. Ahora estás aquí, conmigo. Y tenemos muchas cosas que planear.

—No voy a planear una boda —resopló—. No aún, Evan. Dame un poco de tiempo. Además, ahora tienes un negocio que montar, así que...

—En un mes estará más que listo, ya tengo todo en marcha.

—Evan... —bufó y yo me reí.

—Está bien, dejaremos la boda para un poco más adelante. Pero el tema de la casa sí es importante.

—¿Qué casa?

—La nuestra, claro —puse los ojos en blanco, ¿cuál más iba a ser?

—No hay ninguna “casa nuestra”.

—Por eso mismo es algo que tenemos que arreglar.

—Si esta es tu forma de pedirme que me vaya a vivir contigo...

Cogí su cara entre mis manos y la besé hasta dejarla sin aliento.

—No —sonreí pícaramente—. Esta es mi forma de pedirte que te vengas a vivir conmigo.

—Pues va a ser que tendrás que currártelo un poco más —enarcó sus cejas, desafiándome.

Me encantaba ese reto.

—Ningún problema —dije metiéndole las manos por debajo de la camiseta.

—¿Pero qué haces? Tu madre...

—Ni se enterará...

Y si se enteró o no, tampoco lo sabía. Pero conseguí convencer a Álex de que nada más volver, se mudaría a mi casa. Porque no pensaba pasar ni una noche separado de ella.

Epílogo



Y, sin poder creérmelo, había llegado el día de pasar, por primera vez en mi vida, por el altar.

Y esa vez sabía que nada saldría mal. O eso pensaba, hasta que el bruto de mi prometido se coló en la habitación del hotel donde me estaba preparando.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Intenté buscar algo con lo que taparme, pero no encontré nada.

—Estás preciosa —dijo enamorado.

—Jode, Evan, no puedes ver a la novia antes de la boda.

Quedaba poco para que mi padre viniera a recogerme para llevarme, de su brazo, hasta el hombre que se convertiría en mi marido. Junto al amor de mi vida. Ese bruto que se había colado por la ventana de la habitación.

—Supersticiones tontas —dijo con una sonrisa torcida.

—Espera... ¿Has saltado desde el balcón de al lado? —era la habitación donde se arreglaba él?— ¿Estás loco? ¡Que me puedo quedar viuda antes de casarme!

—Fue fácil —se encogió de hombros y volvió a sonreír, con esa sonrisa torcida y picarona que me encantaba—. ¿Te dije que estás preciosa? —llegó hasta mí, pegó mi cuerpo al suyo y me dio un beso de película.

—No puedo creerme que hagas esto, tenías que verme en el altar —puse morritos, como triste.

—Me haré el sorprendido allí —rio—. Además, no quiero que llegues al altar así.

—¿Así cómo? —pregunté con recelo.

—Nerviosa. Así que vine para relajarte.

—Evan... Que te conozco, no me digas que...

Pero con el beso que me dio, sabía que sí que lo iba a hacer.

Desde que volvimos a la ciudad, apenas me dio dos días para hacer la

mudanza. La convivencia entre nosotros era bastante buena y nuestra relación igual. Menos cuando yo sacaba a Alexa porque él me tocaba un poco los ovarios con lo dominante que era.

En un mes tenía su negocio montado y prosperando y todo iba mejor de lo que nos esperábamos. Yo seguía dando clases, pero quise probar a ejercer, así que con la ayuda de Evan, estaba comenzando a llevar mi profesión a la práctica en vez de quedarme solo en la teoría.

Justo un mes después, una preciosa noche, se me declaró. En un restaurante, delante de todos los desconocidos, se puso de rodillas y me pidió matrimonio.

De eso solo habían pasado dos semanas y ya estábamos allí, ante el altar. O íbamos a estarlo si el pedazo de bruto me dejaba en paz y me esperaba donde debía.

—Evan... Tienes que irte, llegaremos tarde a nuestra boda.

—Lo haremos.

—No, no lo haremos porque te irás ya.

Negó con la cabeza y enarcó las cejas.

—No sin antes follarte —mordió mi labio inferior.

—Ya lo harás esta noche —intenté protestar.

—Demasiado tiempo hasta entonces —me giró y levantó la falda del vestido por detrás. Acarició mi trasero y gimió—. Ha sido verte vestida así y casi me explota —resopló.

—Evan... —iba a protestar, pero sus dedos ya estaban rozando mi sexo.

—¿Sí? —preguntó, con risa en su voz. Y el sonido de la cremallera de su pantalón bajándose.

—Joder... —ya no podía decir nada, ya solo quería sentirlo dentro mí.

Y no tardó mucho. Su polla ya estaba haciendo precisamente eso.

—Será rápido, preciosa —gimió mientras comenzaba a entrar y salir de mí con fuerza, tan mojada estaba, tan excitada me tenía.

Fue rápido, sí, pero también fue intenso. Y apenas tardé nada en llegar al orgasmo y en casi caerme al suelo cuando salió de mi interior, me temblaban las piernas.

Evan me cogió en peso y me sentó en la cama. Se puso de rodillas cuando abrochó su pantalón, agachado entre mis piernas y me miró a los ojos con ternura.

—No me pude aguantar —parecía disculparse, pero yo lo conocía bien, no lo estaba haciendo.

—Te odio, Evan Parker —resoplé.

—Vale —se encogió de hombros—. Ódiame, pero cástate conmigo —me guiñó un ojo y me besó con todo el amor del mundo.

Eso iba a pasar, no podía tener dudas. Le devolví el beso con el mismo amor y suspiré cuando nuestros labios se separaron.

En ese momento llamaron a la puerta.

—Cariño, ¿estás lista?

Era mi padre, venía a por mí.

—¿Estás lista? —preguntó Evan.

—Yo sí, pero creo que el novio no está aún en el altar —bufé.

Evan me besó de nuevo y abrió la puerta.

—¿Pero tú qué haces aquí? —preguntó mi padre, mirando a uno y a otro.

—Asegurarme de que está bien, pero ya me voy. Te quiero, preciosa —dijo mirándome.

—Y yo a ti —reí por lo cómico de la situación.

Evan salió de allí casi corriendo y mi padre carraspeó.

—¿Lista para casarte con ese loco?

Me levanté de la cama, planché mi vestido con las manos y me acerqué a mi padre.

—Más que lista para hacerlo.

Y agarrada al brazo de uno de los hombres que más quería, fui en busca del otro, del amor de mi vida. De ese que nunca pude imaginar, se convertiría en todo mi mundo.

Así es el amor... Te sorprende dónde, cuándo y con quien menos te lo esperas.